

BOLSILIBROS  
BRUGUERA

PUNTO  
ROJO

# VENDETTA

Adam Surray







**PUNTO ROJO**







ADAM SURRAY

## **VENDETTA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.044  
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO**





ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 5.749 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1982

1ª edición en América: octubre, 1982

© Adam Surray - 1982

texto

© Martín - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1982





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

1.645 —Nuestro hombre en Tampico.

En Colección **SALVAJE TEXAS**:

878 —El último de los McClure.

En Colección **KANSAS**:

1.243 —La semilla del odio.

En Colección **PUNTO ROJO**:

1.030 —El caso del cadáver secuestrado.

En Colección **COLORADO**:

1.141 —Escrito con sangre.

En Colección **BUFALO SERIE AZUL**:

446 —Morir en Kansas.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL**:

552 —Pistolero con niño.

En Colección **CALIFORNIA**:

1.326 —La dama de la montaña.



## CAPÍTULO PRIMERO

Faltaban pocas millas para llegar a Chicago.

Por la vía de acceso norte de Lund Hill.

El Pontiac conducido por Samuel Bussey circulaba a gran velocidad. Poco le importaba la oscuridad de la noche. Conocía aquel acceso como la palma de la mano.

La noche no era agradable.

Demasiado calor.

Un calor húmedo y pegajoso.

Bussey se había despojado de la chaqueta y aflojado el nudo de la corbata. Ni la brisa que penetraba por la abierta ventanilla lograba paliar al calor remante.

Fue al tomar la curva.

Samuel Bussey redujo la velocidad. Se disponía nuevamente a presionar el pedal del gas, cuando la descubrió.

En mitad de la calzada.

Quedó iluminada por los faros del auto.

Bussey profirió una soez maldición a la vez que realizaba una hábil maniobra con el volante.

Frenó el vehículo.

Junto a la mujer que circulaba por el centro de la calzada.

—¡Eh, tú! —gritó Samuel Bussey, asomándose a la ventanilla—. ¡Éste no es lugar para pasear!

La mujer se detuvo.

Como si se percatara por primera vez de la presencia del auto.

Posó sus ojos en Bussey.

Y también Samuel Bussey la contempló. Sin evitar una mueca de admiración y sorpresa en el rostro.

La mujer era joven. Puede que aún no hubiera alcanzado los veinte años de edad. Pelo castaño, muy corto, en gracioso peinado que destacaba el perfecto óvalo de su rostro. Ojos almendrados. La

nariz ligeramente respingona. Labios carnosos. El cuello entroncaba con un cuerpo de armoniosas curvas. Lucía una blusa y ceñidos pantalones vaqueros.

Y la blusa...

Samuel Bussey tragó saliva. Sacudió la cabeza para fijar de nuevo la mirada en la muchacha. Con vidriosos ojos.

No.

No estaba soñando.

La joven tenía la blusa totalmente desabotonada. Suelta. Sin ceñir bajo el pantalón. Sus senos, erectos y juveniles, fugazmente ocultos; pero el menor movimiento los dejaba al descubierto.

La muchacha avanzó hacia el auto.

Lentamente.

Como un autómatas.

—¿Puedes... puedes ayudarme?

—¡Seguro! —rió Bussey, alargando la mano hacia la portezuela del asiento contiguo—. ¡Anda, sube!

La joven obedeció acomodándose junto a Bussey.

El Pontiac reanudó la marcha.

—Mi nombre es Samuel Bussey. ¿Cómo te llamas tú?

La muchacha demoró unos instantes la respuesta.

Su voz fue un susurro apenas audible.

—Angie... Angie...

—Okay, nena. Es suficiente para ti —dijo Bussey, palmeando con su mano derecha la rodilla femenina—. Hace calor, ¿eh? Estamos cerca de Parton Creek. Es un lugar muy bonito. Un romántico bosque cercado el arroyo de cristalinas aguas aún sin contaminar. Me gustaría habitar en uno de esos *bungalows* de Parton Creek.

La joven no hizo comentario alguno.

Mantenía la mirada fija en el cristal del vehículo.

Con expresión ausente.

El viento que penetraba por la ventanilla agitaba la blusa de la muchacha. Descubriendo a ráfagas los pechos femeninos. Fue entonces cuando Angie intentó ajustarla.

En vano.

No había un solo botón.

También Bussey se percató de ello. Por primera vez su mirada se

posó simplemente en la blusa. Ningún botón. Habían sido arrancados.

—Eres mayor de edad, ¿no es cierto, Angie? Debo ser prudente y no buscarme complicaciones. Un amigo mío, un tal Harrison, se llevó a una mujer al motel. Una chica joven, alta, exuberante... ¡Quince años!... ¡Tenía quince años! —Samuel Bussey rió a carcajadas—. Les sorprendió la policía. El pobre Harrison las pasó muy mal. Las jovencitas de ahora están muy... muy... tú ya me entiendes, ¿verdad?

Angie no respondió.

Aquel mutismo no agradó a Bussey. Dirigió una suspicaz mirada a la muchacha. Y quiso cerciorarse. Conocer el terreno.

De nuevo su diestra se posó sobre la rodilla femenina más próxima. Subió lentamente. Acariciadora. Cerrando los dedos sobre mórbido muslo.

Angie no despegó los labios.

Ni tan siquiera pareció percatarse de la caricia.

Samuel Bussey esbozó una sonrisa retornando su diestra al volante. Comprendió que se encontraba ante una muchacha con problemas. Económicos, familiares, amorosos... Poco importaba. La chica estaba en dificultades. Lo delataba en su extraño comportamiento.

Y Bussey pensaba sacar provecho de ello.

Ya estaban cerca de Chicago.

El Pontiac se adentró por la desviación que conducía a la zona residencial de Parton Creek. No se aproximó a la zona urbanizada, sino que estacionó junto a la cuneta. Entre los árboles del frondoso bosque.

Allí la oscuridad era total.

Al fondo, los *bungalows* destacaban como gigantescas luciérnagas. Samuel Bussey desconectó el motor y apagó los faros del auto. Sólo dejó la débil luz piloto del techo del Pontiac.

Se ladeó en el asiento.

Alargando sus ávidas manos hacia la muchacha.

Fue la zurda la que se introdujo bajo la blusa aprisionando uno de los senos femeninos.

Se volcó sobre Angie.

Intentando besarla en la boca.

—No... déjame...

La débil voz de la muchacha hizo sonreír a Bussey. Todas protestaban al principio. No le hizo el menor caso.

Todo lo contrario.

Las caricias de Samuel Bussey se hicieron más apremiantes. Su mano izquierda apretó alternativamente aquellos erectos senos. Lascivamente. Una y otra vez.

Angie esquivó los labios del hombre, aunque sin evitar el ser besada en el cuello.

—Suéltame... ¡Suéltame!...

Bussey parpadeó sorprendido por aquella reacción.

Ahora sí obedeció.

Con una sonrisa de suficiencia.

De uno de los compartimentos del salpicadero extrajo su billetera. Dirigió una mirada a la joven.

—¿Y bien, nena? ¿De cuánto es la... ayuda que necesitas? ¿Qué te parecen cincuenta dólares? Tómalos...

Angie no hizo ademán alguno.

Temblorosa.

Dominada por el miedo.

—Maldita sea... —Se impacientó Samuel Bussey—. ¿Qué infiernos te ocurre? ¿No es suficiente? Escucha... no soy un potentado, pero prometo añadir algunos dólares más si resultas de verdad cariñosa. ¿De acuerdo?

No esperó respuesta.

Se abalanzó de nuevo sobre Angie.

Con mayor violencia. Con la mente ya dominada por la lujuria. Y la resistencia femenina parecía un acicate más para el desenfreno de Bussey.

—No... ¡No!...

—¡Condenada seas! —vociferó Bussey, con desencajado rostro—. Te gusta ir provocando, ¿eh?... ¡Yo te enseñaré!

Samuel Bussey accionó la palanca que reclinaba el asiento de la muchacha. Se tendió sobre ella. Aplastándola con su cuerpo. El bracear de Angie casi cesó de inmediato al ser inmovilizada por las muñecas.

Samuel Bussey se distanció levemente.

Con intención de manipular en la hebilla de su cinturón.

—Y ahora voy a...

Bussey se interrumpió.

Agrandó los ojos a la vez que abría desmesuradamente la boca. Instintivamente soltó las muñecas de Angie. Semiencorvado, sin dejar de boquear, fue dejándose caer lentamente en su asiento.

Con ambas manos en el bajo vientre.

Acusando el rodillazo propinado por Angie.

La muchacha se incorporó abriendo la portezuela. Saltó del vehículo justo en el momento en que Bussey alargaba su diestra.

—¡Perra!...

Sólo llegó a rozar la abierta blusa.

Angie comenzó a correr.

Y Samuel Bussey, aunque no totalmente recuperado del golpe, tras ella. Ya no dominado por el deseo, sino por la ira.

A lo lejos, de uno de los *bungalows* de la zona residencial de Parton Creek, maniobraba un vehículo. Destacaba el zigzaguear de los faros al abandonar el aparcamiento y enfilarse por la carretera.

Angie corrió al encuentro de aquel auto.

Por el centro de la calzada.

Agitando los brazos.

—¡Ayuda!... ¡Por favor!...

El auto que se aproximaba era un Chevrolet «Corvette». Un deportivo en color gris niebla metalizado.

El vehículo frenó.

Bañando con sus faros a la temblorosa Angie.

Un individuo descendió del Corvette.

Un hombre joven. De unos treinta años de edad. De correctas facciones. Enfundado en elegante *smoking*.

—¿Qué le...?

Angie se arrojó en los brazos del desconocido.

Llorando histérica.

—¡Ayúdame!... ¡Ayúdame...!

Samuel Bussey llegó jadeante, sudoroso, con el rostro crispado...

—¡Apártate de ella!... ¡Esa chica está conmigo!

—¡No!... ¡No es cierto! —gritó Angie—. Yo... yo... solicité ayuda... y ese hombre... trató de... trató de...

Samuel Bussey rió en sonora carcajada.

—Le ofrecí cincuenta dólares, pero ella quiere más. Es una

buscona. Hizo detener mi auto y comenzó a provocarme con su blusa abierta y...

El hombre del *smoking* contempló a Angie.

Fijamente.

—¿Quieres irte con él?

—¡No!...

El individuo de la elegante vestimenta dirigió ahora su mirada hacia el furioso Bussey.

—Ya lo ha oído, amigo. Siga el viaje solo.

Samuel Bussey dudó.

Tentado de abalanzarse sobre el entrometido. Se lo pensó dos veces terminando por encogerse de hombros.

—¡Al diablo con esa zorra!...

Minutos más tarde el Pontiac conducido por Bussey se alejaba a gran velocidad de Parton Creek.

—Ya no tiembles más. Se ha marchado.

Angie dejó de abrazar al individuo.

Alzó el rostro.

Sus llorosos ojos se posaron en las sonrientes facciones del individuo.

—Gracias...

—Me llamo Keith Whitmore. ¿Dónde quieres que te deje?

—¿Dejarme...?

Keith Whitmore, con la diestra en la portezuela del Corvette, contempló más detenidamente a la muchacha.

En especial aquellos breves y erguidos senos que asomaban por entre la abierta blusa.

—¿Te encuentras bien? ¿Ese individuo ha llegado a...?

—No.

—Perfecto. ¿Cuál es tu nombre?

—Angie...

—Sube, Angie. Te llevaré a tu casa. Vives en Chicago, ¿no?

La joven permaneció inmóvil.

Sin hacer ademán de pasar al interior del vehículo.

—Yo... no recuerdo...

—¿No recuerdas? —Parpadeó Whitmore—. ¿No recuerdas tu domicilio?

Los trémulos labios de Angie esbozaron una sonrisa. Desmentida

por sus ojos próximos de nuevo al llanto.

—Tampoco... tampoco recuerdo mi nombre completo...

## CAPÍTULO II

Keith Whitmore se despojó de la chaqueta del *smoking*. Arrojó el lazo de seda y el cuello de la camisa.

—¡Bien!... Contigo he encontrado una magnífica disculpa. Tenía un compromiso social, ¿sabes? Estaba invitado a una cena con gente importante. Y yo odio eso. Detesto el *smoking*. Tenía proyectado el presentarme a última hora, pero es mejor así. No acudiré a la fiesta.

—Yo... lamento que por mi culpa...

—¿Lamentar? Todo lo contrario, Angie. ¿Quieres beber algo? ¿O prefieres comer? ¿Tienes hambre?

—No.

—Entonces te prepararé una bebida estimulante.

—Keith...

—¿Sí?

—¿Por qué no avisas a la policía?

Whitmore siguió manipulando entre las botellas del mueble bar. Giró portando dos vasos. Acudió junto a Angie.

La muchacha permanecía sentada en el semicircular sofá que adornaba el salón del *bungalow*.

Keith Whitmore le ofreció uno de los vasos.

—¿Quieres que llame a la policía, Angie?

—Yo... yo... necesito ayuda... No sé quién soy... Mi mente es como un torbellino. Tan pronto queda en blanco... como súbitamente es torturada por infinidad de pensamientos que se agrupan en confusa vorágine.

—Puedo llamar a la policía. No tengo inconveniente alguno, Angie. No lo he hecho por consideración hacia ti. Tu aturdimiento está motivado por ese suceso desagradable con el individuo del Pontiac. Pronto te recuperarás y...

—Cuando Samuel Bussey me recogió, ya vagaba sin rumbo. Le solicité ayuda, pero el me confundió con una... una...

Whitmore sonrió.

—Los hombres tenemos muy malos pensamientos. Máxime si una mujer bonita se nos presenta con parte de sus encantos al descubierto.

Angie había anudado la blusa bajo el busto.

Esbozó una sonrisa a la vez que cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Sí..., tal vez yo sea la culpable de esos malos pensamientos. Ni tan siquiera reparé en mi...

—La blusa no tiene ni un solo botón.

—No...

—¿Me permites?

Keith Whitmore se aproximó a la muchacha. Examinando detenidamente la parte delantera de la blusa. Con gran esfuerzo de voluntad procuró no posar sus ojos en el pezón izquierdo que asomaba su rugosa aureola.

—Han sido arrancados —dijo Whitmore, desviando la mirada hacia el rostro femenino—. Con violencia. En algunos puntos está la tela desgarrada. ¿Seguro que no fue el fulano del Pontiac?

Angie se pasó la mano por la frente.

Volvió a esbozar una sonrisa.

—Ya... ya... no estoy segura de nada...

—Okay. Tranquilízate. Termina esa bebida y descansa. Puedes disponer de una de las habitaciones del *bungalow*.

—¿Vives solo, Keith?

—Ahá.

—¿No estás casado?

Whitmore sonrió.

Casi con orgullo.

—No.

Angie bebió a pequeños sorbos. Tras depositar el vaso sobre la cercana mesa, se incorporó.

Fue imitada por Whitmore.

—No me gustaría traerte complicaciones, Keith. Apuesto que si tienes novia. Alguien que no agradecerá el que ofrezcas hospitalidad a una mujer.

—Nadie —rió Whitmore—. Soy libre como un pájaro. Acompáñame...

Abandonaron el salón.

El *bungalow* no era muy grande. Dos habitaciones, cuarto de baño, reducido *living*, salón, cocina y despacho.

De los tres tipos de *bungalows* diseñados para Parton Creek, el habitado por Keith Whitmore era de los más pequeños.

—Puede que encuentres algo de polvo —advirtió Whitmore, abriendo una de las puertas—. Ésta es la habitación de los invitados. Y yo jamás invito a nadie.

—¿Tampoco las chicas?

—O sí..., pero no las destino a la habitación de invitados. Mi dormitorio es lo suficiente amplio.

—Keith, yo...

—No voy a seducirte, Angie —sonrió Whitmore, palmeando cariñosamente la mejilla femenina—. No presumo de caballero, pero nunca me aprovecho de las circunstancias. Descansa, Angie. Lo necesitas. Mañana, de no estar recuperada, decidiremos lo que se debe hacer.

—Sí, Keith.

—¿Llevas algo en los bolsillos, Angie? Tal vez algún papel o documentación que nos ayude.

La joven examinó los bolsillos del ceñido tejanos.

—No... nada...

—Parece como si hubieras salido precipitadamente de tu domicilio. Blusa, tejanos, chinelas... y sin nada en los bolsillos.

—Empiezo... empiezo a tener miedo, Keith...

—Mañana se solucionará todo. No lo dudes. Yo te ayudaré.

—Gracias... gracias, Keith... Ésta... es la ayuda que yo solicitaba. Un poco de comprensión y... solicitaba. Un poco de comprensión y... solicitaba. Un poco de comprensión y...

—Descansa —interrumpió Whitmore, con animosa sonrisa—. Buenas noches. Aquella puerta comunica con mi habitación. Si necesitas algo no dudes en llamar. Ahí tienes baño privado.

Keith Whitmore abandonó la estancia.

Acudió al salón.

En busca de un segundo combinado. Ahora incrementó la dosis de *whisky*.

Encendió un cigarrillo reclinándose en el sofá.

Sonrió.

Temía asistir a la fiesta de los Salkow. Una reunión muy aburrida. La aparición de aquella extraña muchacha le decidió. No acudiría a la reunión de los Salkow. No se aburriría encerrado en uno de los salones de la mansión Salkow o escuchando las parrafadas de los habituales.

Esperaba una noche más dinámica.

Con Angie.

Al principio creyó la historia del individuo del Pontiac. Una joven que hace auto *stop* mostrando sus encantos. Provocando deliberadamente. Luego, a la hora de la verdad, hace marcha atrás. Arrepentida o tal vez asustada por la brutalidad del individuo.

Keith Whitmore era más fino.

Sabía cómo tratar a las mujeres.

No, no creyó en principio la historia de Angie; pero ahora... La muchacha parecía sincera. Había sufrido un *shock*. Una fuerte impresión que le había ocasionado una amnesia parcial.

Lo mejor hubiera sido dar aviso a la policía.

O a un doctor.

Whitmore vació el vaso. Chasqueó la lengua a la vez que movía la cabeza de un lado a otro.

Siempre quedaba tiempo para llamar a la policía.

Una riña con sus padres, un desengaño amoroso... cualquier nadería podía haber originado en Angie aquel estado. Era mejor esperar acontecimientos. Evitar que la muchacha quedara fichada por la policía.

Whitmore también sabía de eso.

Consultó el digital de su reloj de pulsera.

Poco más de las nueve p. m.

La cena ya habría concluido en la mansión de los Salkow. Ahora el momento de las parrafadas, de las conversaciones políticas, de los panfletos individuales...

Keith Whitmore ahogó un suspiro.

No estaba en la fiesta de los Salkow, pero tampoco iba a ser una noche muy divertida.

Se levantó para dirigirse a su habitación.

Procedió a desvestirse.

Jamás se había retirado a dormir tan temprano. De no ser por Angie, puede que hubiera acudido a The Old World, Cannon o

cualquier otro club de Chicago. En ellos contaba con buenas amistades.

Debra, Gladys, Kathleen...

Pero no podía dejar sola a Angie.

Tal vez le desvalijaría el *bungalow*.

Aquel pensamiento hizo sonreír nuevamente a Whitmore. Ya frente al espejo del cuarto de baño. En pijama. Iniciando el nocturno cepillando los dientes.

Retornó al dormitorio.

Se tumbó en el lecho accionando el interruptor del radio-cassette depositado sobre la mesa de noche.

Música romántica.

Keith Whitmore hizo una instintiva mueca, pero no cambió el selector. Encendió otro cigarrillo atrapando el libro de uno de los cajones. Un libro enésimamente empezado y jamás terminado.

Empezó a leer en espera de que sus párpados acusaran el sueño.

Escuchó dos boletines por la radio. Uno de información general y otro local. En este último no se mencionó la busca y captura de ninguna Angie.

Whitmore volvió a esbozar una sonrisa.

Al menos no había cobijado en su casa a una asesina. Ni tan siquiera ninguna Angie figuraba en la larga lista de personas desaparecidas que diariamente era comunicada.

Chicago, Nueva York, Dallas, San Francisco...

Miles y miles de jóvenes de uno y otro sexo abandonaban sus hogares en busca de un mundo mejor. Un mundo hecho a medida de sus deseos. Un mundo que jamás encontrarían.

Keith Whitmore desconectó el aparato.

Depositó nuevamente el libro en la mesa de noche, desconectó el radio-cassette y pulsó el interruptor de la luz.

Quedó envuelto en la oscuridad.

Cerró los ojos.

Y entonces escuchó el grito.

El desgarrador alarido femenino que procedía de la habitación contigua.

### CAPÍTULO III

Keith Whitmore pasó a la estancia contigua como una exhalación.

Tropezó con algo caído en el suelo. El pantalón tejano de la muchacha. Trastabilló próximo a perder el equilibrio.

—¡Por todos los...! ¿Qué te ocurre, Angie? ¡Enciende la luz!...

La voz de Whitmore hizo incrementar los gritos femeninos.

Keith Whitmore tanteó por el cabezal del lecho en busca del interruptor. Iluminó la habitación.

Angie estaba sentada en la cama. Su única vestimenta era un minúsculo *slip* en tul moteado.

Tenía las manos a la altura de la garganta. El rostro desencajado por una mueca de terror.

Y siguió gritando al contemplar a Whitmore.

—¡Por favor, Angie! —Whitmore sujetó los hombros femeninos zarandeando a la joven—. ¿Qué te ocurre?

La joven parpadeó.

—¿Quién soy yo? Oye, Angie...

—¡Keith!... ¡Oh, Keith!... Ha sido horrible...

La muchacha se abrazó a Whitmore.

Temblorosa.

—Tranquila, pequeña, tranquila... Has sufrido una pesadilla, ¿no es eso?

Angie no respondió.

Jadeaba abrazada a Whitmore.

Y fue Keith Whitmore el que empezó a dar muestras de nerviosismo. Sus manos acariciaron la espalda de Angie. En principio fue un acto instintivo. Protector.

Ahora...

La desnudez de la joven, aquella suave piel bronceada, el agitado palpar de sus senos...

Whitmore tragó saliva.

Separó a la muchacha.

—Angie...

—No ha sido una pesadilla, Keith. Desperté sobresaltada al recordar lo ocurrido en casa de tío Sidney. Ya lo recuerdo todo. Mi nombre, todo... Soy Angie Mirren y estoy...

—Cálmate, Angie. Domina tu excitación.

—Sí... tienes razón...

Angie volvió a reclinaren el lecho.

Fue entonces cuando se percató de su desnudez. Enrojeció a la vez que tendía su diestra en busca de las sábanas. Se cubrió sujetando la tela bajo las axilas.

—Apuesto a que me consideras una exhibicionista.

Whitmore sonrió.

—No te denunciaré por ello.

—¡Oh, Keith! ¡Tengo que contarte lo ocurrido! Estamos en Paron Creek, ¿verdad?

—Correcto.

—Tío Sidney también tiene su *bungalow* cerca de aquí. En Fox Boulevard. En las afueras de Chicago.

—Conozco Fox Boulevard.

—Yo he llegado hace unos días a Chicago. Resido en Inglaterra. He terminado mis estudios. Tío Sidney me hizo llamar para pasar unos días con él. Yo soy su única familia. Tío Sidney marchó hoy a dar una conferencia en Springfield. Yo aproveché para un mayor recorrido por Chicago. Soy una recién llegada. Visité el Lincoln Park y realicé compras en la North Avenue. Tío Sidney ya me advirtió que pernoctaría en Springfield. Al llegar al *bungalow* me cambié de ropa y fui a la cocina dispuesta a prepararme un sandwich. Y fue al salir cuando me percaté de que el despacho de tío Sidney estaba iluminado. Creí que había dejado la luz encendida, pero cuando acudí para apagarlas, a unas yardas de la entreabierta puerta, la luz se apagó. Al instante, a mi espalda, surgió un individuo. ¡Fue horrible, Keith! ¡Intentó estrangularme! Me revolví desesperada pugnando por zafarme de aquellas enguantadas manos... Tenía... tenía una media de seda en la cabeza... ocultando su rostro... Al huir me desgarró la blusa... Aún me parece oír su voz desfigurada... jurando y blasfemando... Escapé enloquecida... sin rumbo fijo... Me

persiguieron... dos hombres... los dos encapuchados con medias de seda... Fueron horas de angustia, Keith... de terror... Recuerdo mi deambular por bosques... luego una carretera... Allí se detuvo un auto. No intenté huir... Ya no reaccionaba.

—El tipo del Pontiac.

Angie asintió.

Nerviosamente.

—Se presentó como Samuel Bussey... supongo que le dije incoherentes palabras y él imaginó otras. No le culpo. Un hombre solitario que encuentra en su ruta a una jovencita que le solicita ayuda.

—Y a pecho descubierto.

La muchacha sonrió al comentario de Whitmore.

—Sí... Eso por añadidura. ¡Dios mío! Todo ha sido como una horrible pesadilla.

—¿Estás segura, Angie? ¿Convencida de que todo cuanto me has contado es real? ¿De que no se trata de... de una pesadilla?

Angie agrandó sus bellos ojos.

Perpleja por la pregunta de Whitmore.

—¿No... no me crees? ¿Sospechas que miento?

—Sólo sé que has sufrido un *shock*. Una fuerte impresión que te ha mantenido en estado de amnesia. Ahora parece recordar todo lo ocurrido. Y el suceso requiere el dar aviso a la policía. Antes de realizar ese paso es necesario saber si tu mente está ya en...

—Por supuesto, Keith.

—Okay. No te enfades. Avisaremos a la policía. Concrétame el domicilio de tío Sidney.

—El 771 de Fox Boulevard, Barrio Dern. Un *bungalow* propiedad de Sidney Mirren. Mi tío es un hombre muy importante, ¿sabes? Ejerció de juez durante muchos años en el Estado de Illinois.

Keith Whitmore, que se había aproximado al teléfono depositado sobre la mesa de noche, interrumpió su avance.

Entornó los ojos.

Fijos en Angie.

—¿El juez Mirren?... ¿Eres sobrina del juez Sidney Mirren?

—Sí... ¿Ocurre algo?

—Al mencionarme el nombre de Sidney Mirren no lo relacioné

con el juez...

—¿Conoces a tío Sidney?

Whitmore sonrió.

—He presenciado muchos de sus juicios. Sidney Mirren es un hombre admirado en Illinois. Y muy especialmente en Chicago. Se le considera como el vencedor de la Mafia en Chicago. Un hombre que siempre se mostró implacable ante las amenazas del Sindicato del Crimen y... ¡Vístete, Angie!... ¡Rápido!

—Pero...

—Vamos al *bungalow* de tío Sidney.

—¿Sin... sin avisar primero a la policía?

—Lo haremos desde allí, Angie.

—¿Por qué?

Keith Whitmore no respondió a la pregunta de la muchacha. Ya caminaba rápido hacia su habitación. Procedió a vestirse.

Fue al armario ropero.

De uno de los cajones inferiores extrajo un Smith & Wesson.

Fox Boulevard era una zona bien iluminada. Los *bungalows* que se alineaban a derecha e izquierda, todos ellos lujosos. De moderna construcción. Dotados de máximo adelantos.

El Corvette conducido por Whitmore se adentró en el 771 de Fox Boulevard. Dejó atrás los setos que hacían de muralla divisoria con los *bungalows* vecinos.

Estacionó frente al porche de la casa.

Un *bungalow* de una sola planta.

Ni una sola ventana iluminada. Ni tan siquiera el foco del porche.

—Keith... tengo miedo... Creo... creo que mejor hubiera sido llamar a la policía.

—Lo haremos, Angie.

—Dudas de mis palabras, ¿verdad? Sospechas que toda esa historia es fruto de mi imaginación, una pesadilla que...

—Vamos a salir de dudas, pequeña —sonrió Whitmore, abriendo la portezuela del auto—. Tú misma lo has dicho. El juez Mirren es un hombre muy importante. No sería prudente dar una falsa alarma y originar un escándalo. El juez Mirren vive actualmente retirado.

Sin publicidad. No la desea.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Yo sé muchas cosas, Angie. Una advertencia... no toques nada. Absolutamente nada, ¿entendido?

Avanzaron hacia el porche.

La puerta de entrada al *bungalow* permanecía cerrada.

—Yo salí por esa puerta, Keith. Dominada por el pánico. Perseguida por aquellos dos hombres. Y puedo jurar que no me molesté en cerrar la puerta. Fueron ellos los que la cerraron.

—¿Tiene otra entrada el *bungalow*?

—La puerta de servicio. Sígueme...

Bordearon la casa.

La puerta de servicio sí estaba entreabierta.

Keith Whitmore empujó la hoja de madera.

—Ésa... ésa es la cocina, Keith...

—Pulsa el interruptor. Sin miedo, Angie. Esos dos hombres ya no están aquí. Es de suponer que escaparon después de ser descubiertos por ti. Imaginando que darías aviso a la policía.

La joven iluminó la estancia.

Fue el propio Whitmore quien abrió la puerta que conducía al corredor. Divisó el amplio salón a la derecha. Al fondo del *living*.

—¿Es aquélla la puerta del despacho?

—Sí, Keith.

Whitmore empujó la hoja de madera.

Accionó el interruptor mural.

Un despacho espacioso. Con severo mobiliario. Destacando los tonos oscuros. Mesa escritorio y biblioteca en artística madera tallada. Sillones de negra piel.

Todo parecía en orden.

—La caja fuerte está tras aquel cuadro —señaló Angie—. Puede que los ladrones hayan dado con ella.

Whitmore acudió al lugar indicado por la muchacha.

Descubrió la caja empotrada en la pared.

—Al menos no ha sido forzada... ¿Sabes una cosa, Angie? Creo que esos dos individuos no eran ladrones.

—¿Qué quieres decir?

—Los ladrones, los profesionales, se limitan a robar. No acostumbran a matar. Y a ti intentaron estrangularte, ¿no es cierto?

—Sí, incluso te persiguieron fuera de la casa. Muy extraño... Un ladrón, al ser descubierto, lo primero que hace es huir. A no ser que...

—¿Qué ocurre, Keith?

Whitmore no respondió.

Su mirada estaba fija en un determinado punto de la alfombra que cubría parte del despacho.

Junto a una de las patas del sillón giratorio situado tras la mesa.

—¿Cuándo marchó tu tío a Springfield?

—Al mediodía. En el tren de las doce.

—¿Le acompañaste a la estación?

—No... Nos despedimos aquí. En el *bungalow*. Yo tomé el auto y me dediqué a recorrer Chicago.

—Sospecho que tu tío no marchó a Springfield.

—¿Por qué dices eso?

Keith Whitmore tomó uno de los cuadros depositados sobre la mesa escritorio. Un portarretratos. Una fotografía en color. Reconoció a Sidney Mirren. Sonriente. Abarcando con su brazo derecho a Angie.

Dejó el cuadro para atrapar el teléfono.

Comenzó a discar un número en el dial.

Se interrumpió al descubrir un papel en el suelo. Un papel arrugado. Junto a la papelería.

Se inclinó para recogerlo.

Fue entonces cuando descubrió la mancha. La mancha dibujada sobre la alfombra. Próxima a una de las patas de la mesa.

Angie también reparó en ella.

Palideció.

—Keith... ¿esa mancha...?

Whitmore volvió a discar en el dial.

—Sí, Angie. Estoy llamando a la policía. Sospecho que se trata de una mancha de sangre.

## CAPÍTULO IV

Keith Whitmore colgó el auricular.

Sonrió ante el estupor que se reflejaba en el rostro de Angie.

—Keith...

—¿Sí?

—Has... has dado aviso al

F. B. I.

—Ahá.

—¿Por qué?

—¿No te son simpáticos los

G-men?

—¡O, Keith, por favor!...

—De acuerdo. He comunicado con el Federal Bureau of Investigation por considerarlo más adecuado en el caso; aunque puede que en efecto se trate simplemente de un robo frustrado. No he debido alarmarte con esa mancha. Tal vez no sea sangre.

—Mi tío salió hacia Springfield al mediodía. No podía estar con esos dos hombres hace apenas unas horas.

—Correcto. Puede que uno de esos ladrones se hiciera una herida. Oye, Angie... El inspector Feldman y sus muchachos llegaran muy pronto. ¿Por qué no te cambias de ropa? Es delito provocar a los agentes del

F. B. I.

La muchacha sonrió.

Llevaba la blusa anudada bajo el busto. Controlando los erectos senos, aunque sin evitar el audaz y generoso escote.

—Sí, tienes razón. Regreso de inmediato, Keith.

La joven abandonó el despacho pasando a una de las habitaciones del *bungalow*.

Whitmore, al quedar solo, recogió el arrugado papel del suelo. Lo alisó sobre la mesa.

Tres nombres.

Sólo tres nombres figuraban escritos en aquel papel. Tres nombres. Ningún otro dato más.

«Lino Belli, Luigi Steno, Sandro Fiore».

Keith Whitmore no necesitó grabarlos en su mente.

Aquellos tres nombres ya le eran familiares.

Volvió a arrugar el papel y lo arrojó nuevamente al suelo.

Salió del despacho dedicándose a recorrer el *bungalow*. El salón-comedor, las habitaciones...

Todo parecía en orden.

Incluida la habitación del juez Mirren.

Una estancia plagada de cuadros, libros, fotografías, diplomas, menciones honoríficas... Recuerdos de la gran labor desempeñada por el juez Sidney Mirren. En una de las fotografías, el difunto Hoover estrechaba la mano de Sidney Mirren. El viejo león del Federal Bureau of Investigation aparecían sonriente.

Keith Whitmore abandonó la habitación.

Encendió un cigarrillo.

Abrió otra de las puertas del *bungalow*.

Fue recibido con un pequeño grito femenino.

Angie estaba frente al longitudinal espejo del armario. Dos diminutas prendas blancas destacaban sobre su bronceada piel. Un sujetador y unas braguitas en tul de nylon.

La muchacha tomó con rapidez el vestido camisero depositado sobre la cama.

—Por favor, Angie... No es necesaria esa precipitación. ¿Olvidas que ya nos conocemos?

Angie enrojeció.

La aparente severidad de su rostro era desmentida por el divertido brillo de sus ojos.

—No es de caballeros entrar así en una habitación Keith. Y en cuanto a lo de... conocernos, quiero advertirte que mis alardes exhibicionistas han terminado.

—Es una pena.

Whitmore aún pudo recrear la mirada unos instantes más.

Admirando el perfecto cuerpo de la muchacha.

El sujetador de media copa se limitaba a proteger muy

débilmente los turgentes pechos femeninos. Éstos se mantenían erguidos. Desafiantes. La tenue curva del vientre coronada por delicioso ombligo. Una turbadora oscuridad destacaba bajo el transparente *slip*.

Angie se ajustó el juvenil vestido camisero.

Terminando así el espectáculo para Whitmore.

Justo en el momento en que sonaba el llamador de entrada al *bungalow*.

—Bien... Ahí tenemos al inspector Feldman —suspiró Whitmore—. Espero que siga mejor de la úlcera.

—¿Le conoces?

Keith Whitmore sonrió.

Sin responder a la pregunta.

Se encaminó al *living* seguido de la muchacha.

Abrió la puerta del *bungalow*.

Cuatro individuos bajo el porche. Tres de ellos oscilaban entre los treinta a treinta y cinco años de edad. El cuarto hombre de edad más avanzada. Ya cruzada la frontera de los cincuenta. Un individuo de angulosas facciones y ojos de inquisitiva mirada.

—Hola, Clyde —sonrió Whitmore—. Siempre tan diligente, ¿eh?

El inspector Clyde Feldman contestó con la mirada.

Una mirada muy significativa. Contempló a Whitmore como si fuera un gusano.

Luego desvió la mirada hacia Angie.

—¿Señorita Mirren?...

—Sí, soy yo.

—Un placer, señorita. Soy el inspector Clyde Feldman, del Federal Bureau of Investigation. ¿Me permite?...

Feldman hizo una seña a sus tres silenciosos acompañantes. Uno de ellos portaba un maletín en su diestra.

El *living* comunicaba con el amplio salón.

—¿Qué ha ocurrido, señorita Mirren? —interrogó el inspector, a la vez que pasaba una semicircular mirada por el salón—. Cuente con detalle todo lo sucedido.

—Creo que yo puedo...

—Tú cierra la boca, Keith —interrumpió Feldman, secamente—. No es tu turno. Señorita Mirren...

Angie asintió.

Con forzada sonrisa.

Sorprendida por el poco cordial trato del inspector hacia Keith Whitmore.

La muchacha comenzó su narración. Desde que saliera del *bungalow* tras despedirse de su tío, hasta su regreso al atardecer. Sorprendiendo a los intrusos en la casa. Su posterior huida. El fuerte *shock*...

El rostro de Clyde Feldman se fue congestionando.

Silenciada la voz de Angie, dejó escapar su ira.

—¡Maldito seas, Keith!... ¿Por qué no has denunciado antes lo ocurrido? ¡Hemos perdido un tiempo precioso!

—¿Antes?... Angie no recordaba...

—¡La policía hubiera investigado! Y también un médico habría tratado a la señorita Mirren. Tu proceder...

—El señor Whitmore me ayudó —intervino Angie, con débil voz—. Quiso avisar a la policía, pero imaginó que era una muchacha escapada de su hogar o...

—No trate de disculparle —cortó el inspector—. Conozco bien al... señor Whitmore. Empieza el trabajo, Lewis. Por todos los rincones de la casa.

El individuo del maletín movió afirmativamente la cabeza.

Los tres hombres abandonaron el salón. Dos de ellos eran expertos en dactiloscopia. Y el tercero un verdadero sabueso.

—Su tío iba a dar una conferencia en Springfield, ¿no es eso?

—Sí, inspector. Pernocaría allí.

—¿Conoce el hotel?

—Oh, sí... El Wheel Hotel. Quedó en telefonearme cuando se retirara a dormir. Ignoro si ya lo habrá hecho. Mi ausencia del *bungalow*...

—El juez Mirren no ha celebrado su anunciada conferencia en Springfield, señorita. Le han esperado en vano. No se ha presentado.

—Pero...

—Cuando Whitmore telefoneó informándome superficialmente de los hechos, entré de inmediato en acción —dijo el inspector Feldman—. Establecí contacto con Springfield. El señor Mirren no se presentó a dar la conferencia.

Angie parpadeó.

Perpleja.

—Tal vez... tal vez ha sufrido alguna indisposición... Su estado de salud no era muy fuerte... Puede que...

Sonó el timbre del teléfono.

—Es para mí, señorita Mirren —informó Clyde Feldman—. Me he permitido el dar su número de teléfono. Disculpe...

El inspector atrapó el micro.

Su conversación fue breve.

Más bien se limitó a escuchar, respondiendo con monosílabos. Al colgar el auricular, posó su mirada en Angie.

—Cursé orden de que se investigara en todos los hoteles de Springfield. Por supuesto el Wheel Hotel figuró en la lista. Ni rastro del señor Mirren. Tampoco ha sido internado en ningún centro hospitalario.

—Entonces...

—Sospecho que su tío no salió de Chicago, señorita Mirren. Es pronto para hacer conjeturas, pero me temo que ha sido secuestrado.

Los de dactiloscopia permanecieron horas en el *bungalow*. También se interrogó en las viviendas vecinas. Sin resultado positivo. Nadie vio nada.

Se llegó a la conclusión de que fueron dos los intrusos. Ninguna huella digital, pero sí se encontraron pisadas en el jardín. Penetraron en el *bungalow* por la puerta de servicio. Sin violentarla. Utilizando un juego de llaves. Muestras de la mancha en la alfombra del despacho habían sido enviadas al laboratorio.

—Ya no la molestamos más, señorita Mirren —dijo el inspector—. He solicitado autorización para que sea intervenido el teléfono. Dos de mis hombres quedarán aquí para protegerla.

Angie había llorado.

Sus ojos todavía acusaban las lágrimas. Una tenue palidez bañaba sus mejillas.

—¿Protegerme?... Pero... no comprendo...

El inspector esbozó una sonrisa.

—Tampoco nosotros, señorita, pero es necesario tomar precauciones. Ignoramos qué buscaban esos dos hombres y qué ha sido del juez Mirren. Descartamos un secuestro por interés económico. La fortuna de su tío, aunque saneada, no resultaba

tentadora en demasía. Puede que se trate de una venganza.

—Dios mío...

—Procure descansar, señorita Mirren —aconsejó Clyde Feldman

—. Ha vivido una larga noche de angustia. Mañana la visitaré.

El inspector abandonó el salón.

Fue alcanzado por Whitmore en el porche.

—Clyde...

Feldman giró.

Empequeñeció los ojos.

Fijos en Whitmore.

—No te necesito ahora, Keith. Puedes largarte. Te quiero mañana en el Departamento. A primera hora en la puerta de mi despacho. Firmarás tu declaración de los hechos.

—No me necesitas ahora... Me has retenido sin motivo alguno. He permanecido en el salón como si fuera una figura de porcelana. Y ahora dices que puedo largarme. Te consta que ya no llego a tiempo de enviar la noticia a la Pryor Press.

El inspector mostró los dientes.

En desdeñosa sonrisa.

—¿De veras? No recordaba que ahora eres periodista. No tendrás la exclusiva, muchacho. Se redactará una nota oficial a todos los medios de información.

Whitmore correspondió a la sonrisa.

Aún más despectiva.

—No me importa. Tengo noticias de primera mano. Datos que de seguro no figuran en tu nota oficial.

Clyde Feldman, ya junto a la portezuela de un Buick, giró lentamente. Enfrentando su mirada a la de Whitmore.

—¿Qué quieres decir, Keith?

—Ese papel arrugado. Bajo la mesa. Supongo que tus sabuesos habrán reparado en él. Tres nombres, Clyde. Lino Belli, Sandro Fiore y Luigi Steno. Tres nombres escritos de puño y letra por el juez Mirren. Yo también soy un experto. Mis conocimientos de grafología me permiten asegurarlo. Una simple mirada a los escritorios de Sidney Mirren en dedicatorias y cuadros, para determinar que él escribió esos tres nombres en el papel. Tres nombres muy significativos, ¿verdad. Clyde?

Las facciones del inspector se endurecieron.

—No publicarás eso, Keith.

—¿Por qué no?

—Esos tres nombres no deben salir a la luz. Y tú lo sabes. No lo publiques, muchacho. Es un buen consejo.

—Jamás sigo consejos ajenos.

Los ojos de Clyde Feldman brillaron.

Con fuerza.

—¿Piensas publicarlo?

—Tal vez.

Una extraña mueca se reflejó en el rostro del inspector del  
F. B. I.

—Okay... Adelante, Keith. Hazlo. Publica algo sobre esos tres nombres, y juro que acabaré contigo.

## CAPÍTULO V

Salieron juntos de la sede del Federal Bureau of Investigation en Chicago.

Angie cubría sus bellos ojos con unas gafas oscuras. Lucía un vestido-solera con escote de tirillas y cuerpo en azul combinado con tonos verdes y rojo formando bandas horizontales en falda y escote.

—¿Tienes aquí tu auto, Keith?

—No. Esta mañana, a primera hora, se presentó un agente del F. B. I, en mi *bungalow*. Me levantó de la cama. Apenas había dormido un par de horas. Y he permanecido toda la mañana en el Departamento. Frente al despacho del inspector Feldman. Con los brazos cruzados. En espera de que me llamara para firmar mi declaración. El muy...

Angie esbozó una sonrisa.

—¿Feldman?... Es un bastardo.

La muchacha ahogó un suspiro a la vez que se colgaba del brazo izquierdo de Whitmore.

—Mejor sin auto... Así pasaremos un poco antes de almorzar. Hace un magnífico día. Sólo ensombrecido por la desaparición de tío Sidney.

—El F. B. I, le encontrará. Y si existe un hombre capacitado para ello, ése es Clyde Feldman. No lo dudes.

—Tú has dicho...

—Y lo mantengo —sonrió Whitmore—. Un bastardo, pero también un buen policía. Un policía de la vieja escuela. Un fanático del difunto Hoover. Con eso queda dicho todo.

—También a mí fueron a buscarme, pero apenas he permanecido unos treinta minutos en el Departamento. He dormido toda la mañana, aunque cuando concilié el sueño ya era casi de madrugada.

Caminaban Nueva Orleans Street.

Bordearon el Seward Park.

—Keith...

—¿Sí?

—Ignoraba que eras periodista. Me lo dijo el inspector. Alertándome contra ti. Nada debo decirte de mi conversación con él.

—No es necesario, Angie —dijo Whitmore, con leve ironía—. No es mi intención sonsacarte información. Estoy al corriente de la marcha de la investigación. No han encontrado pista interesante en el *bungalow*. Están trabajando sobre esas pisadas del jardín. Ninguna huella digital. En cuanto a la marcha de la alfombra, es en efecto sangre. Y desgraciadamente pertenece a tu tío Sidney.

La muchacha respingó.

Se despojó de las gafas para posar sus ojos en Whitmore.

—¿Es... es cierto eso? El inspector Feldman me dijo que todavía no se conocían los resultados del laboratorio.

—Te mintió para tranquilizarte. Ya han demostrado, con toda seguridad, que esa sangre pertenece a Sidney Mirren.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Tengo compañeros en el

F. B. I.

En mi paso por el Federal Bureau of Investigation he dejado amigos y enemigos. —Whitmore, ante el estupor reflejado en el rostro de la joven, añadió sonriente—: Sí, pequeña. Yo he pertenecido al

F. B. I.

Durante un par de años. Mi padre fue patrullero en Chicago. En Barrio Hogg. Una de las peores zonas de la ciudad. Plagada de jóvenes drogadictos, niñas prostitutas, delincuentes juveniles, ángeles del infierno, problemas raciales... Recuerdo a mi padre cuando regresaba a casa. Con una sonrisa de oreja a oreja. Amaba Barrio Hogg. Y luchaba por él. Comprendía a todos aquellos marginados. Les había visto crecer entre miseria. Mi padre jamás quiso ser cambiado de puesto. Ni ascender. Quería seguir patrullando por las calles de Barrio Hogg. Y para poder completar su labor, quiso que yo fuera abogado. Para que defendiera a todos aquellos pobres desgraciados. Yo obedecí. Idolatraba a mi padre. Me licencié en Derecho, pero mi padre no pudo celebrar mi triunfo. Su cadáver apareció en el interior de un bidón de basuras.

Apuñalado por la espalda.

—Lo... lo lamento, Keith...

—Ya hace muchos años de eso —respondió Whitmore—. Es una herida cicatrizada, aunque no olvidada. Barrio Hogg ha incrementado con el tiempo su peligrosidad. Ahora ya no es refugio de delincuentes, sino un nido de asesinos. La policía se emplea con dureza. Ya no confraterniza con los... marginados.

—Tu padre estaba haciendo una gran labor, Keith. Y precisamente por eso no le permitieron terminarla. Puede que a muchos no les interesara que la droga dejara de circular por Barrio Hogg, que la prostitución de jovencitas terminara...

—Eres una chica inteligente, Angie.

—Sigue hablándome de ti. ¿Cómo fue tu ingreso en el F. B. I?

—Poco después de mi título de abogado. Mi gran ilusión era ser agente del

F. B. I.

Fidelidad, Bravura, Integridad... ¡Ah, diablos! Estaba idiotizado por las películas de Hollywood y las novelas baratas.

—¿Qué quieres decir?

Keith Whitmore encendió un cigarrillo.

Sus facciones se endurecieron.

—Nada. Simplemente el Federal Bureau of Investigation me defraudó. Puede que no fuera afortunado. No me correspondió combatir contra el crimen, sino de servir a intrigas políticas. Solicité destino en la sección criptográfica del laboratorio del F. B. I, en Washington DC. Me entusiasman las computadoras y ordenadores. Permanecí una temporada en Washington. Luego en una de las centrales del NCIC.

—¿Qué es eso?

Las siglas del National Crime Information Center. Un sistema de computers en contacto con las terminales de las comisarías de policía de varios Estados, con el núcleo central del

F. B. I.,

éste a su vez enlaza con el Servicio Secreto y los servicios de inteligencia de los tres ejércitos. El NCIC almacena millones y millones de datos sobre delincuentes, *modus operandi*, armas, huellas... En cuestión de minutos se puede identificar a un asesino mediante los datos almacenados en el NCIC.

—¿Te gustaba ese trabajo?

—Sí. No era un trabajo rutinario. Antes de pasar el dato al NCIC había que investigarlo detenidamente. Y luego programarlo. Un trabajo complicado. Resultaba emocionante enfrentarse con aquellas máquinas electrónicas. Computadores, ordenadores... Un mundo fantástico.

—¿Por qué lo dejaste?

Whitmore sonrió.

Lanzó una bocanada de azulado humo.

—Me expulsaron del

F. B. I.

Por mis reiteradas faltas de indisciplina, desobediencia...

—Y pasaste a periodista.

—¡Oh, no! Antes me saqué una licencia de detective privado.

Angie volvió de nuevo a respingar.

Perpleja.

—¿Detective privado?

—No te emociones, pequeña. Poco me duró. Me fue retirada la licencia a los pocos meses.

—¿Por qué?

—Ocultar pruebas y entorpecer las investigaciones de la policía.

A decir verdad, gracias a Clyde Feldman disfruto de ese *bungalow* en Parton Creek. Ejercer de abogado jamás me gustó. Dudé en el camino a seguir tras quedarme sin la licencia de investigador privado. Fue entonces cuando se presentó el viejo James Pryor. El fundador de la Pryor Press. Me solicitó una serie de reportajes sobre el

F. B. I.,

el mundo del hampa, la Mafia, el Sindicato del Crimen... Mis trabajos son cursados por la Pryor Press a los principales periódicos USA y de Europa.

—Te felicito, Keith.

—El hombre es inconformista por naturaleza, Angie. Jamás está contento. Tampoco yo. No me sorprendería el enviarlo todo al diablo y dedicarme a la cría de chinchillas.

La muchacha rió en cantarina carcajada.

Keith Whitmore la contempló fijamente.

—Parecía imposible, Angie...

—¿El qué?

—Al reír eres aún más bonita.

—Y tú un embustero. ¿Vamos a almorzar? Tengo hambre.

Whitmore y Angie se alejaron del Searc Park.

Fue en el Mirrors: Un pequeño y acogedor restaurante enclavado en Hill Street. El almuerzo transcurrió en amena conversación.

—¿Qué puedo decirte yo, Keith? Mi vida es una auténtica rutina. Cuando tenía ocho años de edad marché a Inglaterra. Mi padre había sido destinado a la Ritt Company de Londres. Mi padre era viudo y volvió a contraer matrimonio. Con una inglesa. Yo fui internada en un colegio. Mi padre murió hace unos tres años. Tío Sidney acudió a los funerales de su hermano. También estaba solo y sugirió que, terminados mis estudios, fuera a vivir con él a los EE. UU. Incluso quería que los terminara aquí, en Chicago, que regresara con él... pero no acepté. Las relaciones con mi madrastra eran prácticamente nulas. Yo estaba acostumbrada ya al internado. Máxime en aquel entonces, que gozaba de mayor libertad. Decidí terminar primero mis estudios.

—¿Y ahora piensas quedarte?

Angie demoró unos instantes la respuesta.

El tiempo de saborear una cucharada de helado.

—No. Al menos de momento. He adquirido un bonito apartamento en Londres. No tengo necesidad de trabajar, dado que lo heredado de mi padre está siendo bien administrado; pero me han ofrecido un empleo. Puede que acepte. Aún no he decidido nada. Acabo de terminar mis estudios... quiero tomarme un tiempo de descanso y meditación.

—Me gustaría meditar contigo, Angie.

Se miraron a los ojos.

La muchacha pasó la servilleta por los labios para seguidamente aproximarlos a Whitmore.

Le besó en la boca.

Fugazmente.

—Esto es como premio a toda tu ayuda de ayer, Keith.

Angie hizo ademán de retroceder, pero fue retenida por los hombros. Sus gordezuelos labios continuaban entreabiertos.

Y Whitmore los besó.

Ahora más largamente.

—Keith... debo irme... Quiero regresar al *bungalow*. Puede que se tenga alguna noticia de tío Sidney. El inspector prometió llamarme.

—No te llamará, Angie.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo añadir más, Angie, pero sospecho que tu tío está en poder de la Mafia.

## CAPÍTULO VI

Keith Whitmore no introdujo el Corvette en el amurallado seto del 771 de Fox Boulevard. Estacionó frente a la entrada.

Descendió del vehículo.

Justo en el momento en que el inspector Feldman salía del *bungalow*.

Clyde Feldman iba acompañado de dos invitados más. Se encaminaron hacia un Buick situado frente a la casa.

El inspector del F. B. I, abrió la portezuela trasera del auto, pero quedó inmóvil.

Había descubierto la presencia de Whitmore.

Acudió hacia él. Con una mueca de desagrado reflejada en el rostro. Whitmore, por el contrario, le recibió sonriente.

—Hola, Clyde. Un magnífico día, ¿eh?

—¿Otra vez por aquí, Keith? ¿Por qué no deja en paz a la chica? Está muy preocupada.

—Precisamente por eso, Clyde. Quiero hacerle olvidar la incompetencia de los agentes del F. B. I.

El inspector esbozó una sonrisa.

Una mueca.

—Estoy deseando aplastarte, Keith. Dame la menor oportunidad... y lo haré.

—Lo sé, Clyde, lo sé.

—¿Qué diablos pretendes visitando a Angie Mirren? Hace ya tres días que desapareció el juez. Y tú no has publicado nada relacionado con el caso. Ni una sola línea sobre la desaparición de Sidney Mirren.

—Espero acontecimientos.

Clyde Feldman resopló con fuerza.

—De acuerdo... No puedo impedir que visites a Angie Mirren.

Máxime cuando ella te recibe con los brazos abiertos.

—¿Celoso, Clyde?

El inspector entornó los ojos.

Dirigiendo a Whitmore una dura mirada. Terminó por sonreír. Una sonrisa que no presagiaba nada bueno.

Giró sobre sus talones retornando junto al Buick.

Keith Whitmore se hizo a un lado para permitir la salida del auto. Encendió un cigarrillo. La amenazadora mirada del inspector Feldman no parecía haberle afectado en lo más mínimo.

Avanzó hacia el *bungalow*.

Cuando se disponía a pulsar el llamador, se abrió la puerta de la casa.

—Tenga la amabilidad de pasar, señor Whitmore. La señorita Mirren le ha visto llegar. Estará con usted de un momento a otro. Puede esperarla en el salón.

Keith Whitmore sonrió contemplando a la mujer.

Joven. De unos veinticuatro años de edad. Pelo negro recogido bajo una cofia. El uniformado vestido negro con delantal blanco y medias oscuras, no ocultaba las turgentes curvas de su cimbreante cuerpo. Senos pujantes, cintura de odalisca y un trasero hendido y poderoso.

Toda una maravilla.

Whitmore la siguió hasta el salón.

—¿Eres la nueva doncella de la casa?

La muchacha tenía unos ojos rasgados.

Los posó en Whitmore.

—¿Te sirvo algo de beber o acudes tú directamente al abrevadero?

Whitmore rió divertido.

—Siempre tan cariñosa conmigo, Sharon. Y siempre tan seductora...

Keith Whitmore atrapó a la muchacha por la cintura.

La besó en los labios. Unos labios que esperaban entreabiertos y húmedos.

Un ligero carraspear les obligó a separarse.

Angie, bajo el umbral de entrada al salón, les contemplaba entre perpleja y divertida.

Whitmore sonrió.

—Buenos días, Angie... Estaba saludando a Sharon Connell. Cuando yo era expulsado del Federal Bureau of Investigation, ella ingresaba. Recordaba viejos tiempos, ¿verdad, Sharon?

La bella agente del F. B. I, fulminó a Whitmore con la mirada. Desvió los ojos hacia Angie.

—¿Piensa salir, señorita Mirren?

—Sí.

—¿Almorzará en el *bungalow*?

—Puedes disponer del día libre, Sharon —intervino Whitmore, con burlona sonrisa—. La señorita Mirren y yo almorzaremos en Scheherazade. No regresaremos hasta la noche. ¿Preparada, Angie?

La joven asintió jovial.

Colgada del brazo de Whitmore abandonaron la casa.

—Sharon parece una buena chica.

—Lo es —corroboró Whitmore—. Y un magnifico agente del F. B. I.

—Ayer noche, cuando me fue presentada por el inspector Feldman, me resistía a creer que una mujer joven y bonita perteneciera a las filas del Federal Bureau of Investigation.

Keith Whitmore abrió la portezuela del Corvette.

—El inspector está perdiendo el tiempo.

—¿Por qué dices eso?

—Intervenir el teléfono, proteger con agentes el *bungalow*... Es ridículo. Parece como si esperara que soliciten rescate para liberar a Sidney Mirren. Eso no ocurrirá. Ya han transcurrido tres días. Y Feldman sigue esperando.

—He hablado con el inspector referente a... a la Mafia.

—¿De veras?

—Dices que estás loco. Que sólo buscas sensacionalismo para poder venderlo a tus morbosos lectores.

Whitmore rió con sonora carcajada.

El auto ya se alejaba veloz por Fox Boulevard.

—El bastardo de Clyde... Siempre tan ocurrente. Voy a decirte algo, Angie. Creo que tienes derecho a saberlo. En el despacho de tu tío se encontró un papel arrugado junto a la papelera. Con tres nombres. Escritos de su puño y letra. Es una pista que el inspector no quiere seguir.

—Me informó de ello.

Keith Whitmore desvió momentáneamente los ojos del parabrisas.

Dirigió una fugaz mirada a la muchacha.

—¿Te habló de...?

—Lino Belli, Sandro Fiore y Luigi Steno. Ésos son los tres nombres del papel, ¿no es cierto?

—Correcto.

—Tres nombres que ya no existen.

—¿Eso te dijo el inspector? Escucha, Angie... Te voy a contar la historia. Tú no conoces esto. Puede que sí hayas oído hablar del Chicago de los años treinta. Al menos por películas y novelas. Ahora es peor. La Ley Seca, la protección... Eso está desfasado. Los Sindicatos del Crimen operan ahora a gran escala. El crimen organizado ocupa todas las actividades. Drogas, prostitución, juego ilegal, monopolios, chantaje político, espionaje industrial, asesinatos a sueldo... Un imperio del crimen que domina de costa a costa. Nueva York, Chicago, Dallas, San Francisco... En las principales ciudades de los EE. UU., existe un emperador del crimen. Unos con mayor influencia que otros. En Chicago estaba Vittorio Malfatti. El gran Malfatti. Toda una institución. Lucky Luciano, Albert Anastasia, Frank Costello, Joe Adonis... Ninguno de ellos alcanzó el poder de Vittorio Malfatti. Un capo de origen siciliano. Dominó todo el estado de Illinois. Todo negocio delictivo era controlado por Malfatti. El F. B. I. luchó con fuerzas contra la organización Malfatti. Sin éxito. Siempre eran capturados simples peones sin importancia. Vittorio Malfatti y sus lugartenientes permanecían en la cumbre. Inalcanzables. Burlándose una y otra vez de la ley.

—De todo eso me habló el inspector.

—Aún no he terminado la historia, Angie. Tu tío, el juez Mirren fue uno de los más encarnizados enemigos de la organización Malfatti. Hace tres años ocurrió el milagro. Tres hombres, tres hombres de confianza de Vittorio Malfatti, habían sido pacientemente tocados por el F. B. I.

Y se llegó a un acuerdo. Esos tres hombres traicionarían a Malfatti. Tres individuos con el alma sucia e infinidad de delitos sobre su conciencia. Se tomaron extremas medidas de seguridad para que

llegaran con vida a la sala de justicia. Y declararon contra Malfatti y su organización. Previamente habían entregado al F. B. I, pruebas valiosas. Archivos, documentos, fechas, sobornos... Toda la organización Malfatti al descubierto. Fue una gran limpieza. Cayeron, junto con los miembros del clan Malfatti, policías, políticos, industriales aparentemente honorables... El imperio del crimen se derrumbó como un castillo de naipes. Sepultando en él a Vittorio Malfatti. Fue sentenciado a cadena perpetua.

—Y juró venganza. En la misma sala del tribunal juró vengarse.

—Cierto, Angie; pero la muerte llegó antes. Vittorio Malfatti murió. Hace unos... cuatro meses. Recuerdo haber escrito un artículo sobre el fallecimiento del gran capo. Sólo soportó dos años y medio de encierro. Atormentado por sus deseos de venganza.

—Y los traidores...

—¡Ah, los traidores! —rió Whitmore, interrumpiendo a la muchacha—. Ellos sí siguen con vida. Hicieron un buen trato con el F. B. I.

Una identidad falsa en cualquier lugar de los EE.UU. Y no sólo eso. Belli, Fiore y Steno, antes de traicionar a Malfatti, ya habían hecho negocios por su cuenta. Puede que eso influyera en la traición. Temían ser descubiertos por Malfatti. Cada uno de ellos emigró con los bolsillos repletos.

—Es extraño que la Mafia no haya dado con ellos en estos tres largos años.

—Fueron bien camuflados. El Federal Bureau of Investigation hizo un buen trabajo. Aunque con náuseas, cumplió el trato. Era ventajoso. Tres ratas sueltas a cambio del exterminio de la madriguera.

—Esas tres ratas serán ahora honrados ciudadanos.

Whitmore movió afirmativamente la cabeza.

Con amplia sonrisa.

—Puedes apostar por ello. Imagino a Lino Belli como un pequeño comerciante, a Sandro Fiore convertido en acomodado jubilado, y a Luigi Steno... No sé. Es el más joven del trío. Unos cuarenta años de edad. Las mujeres eran su debilidad. Tal vez alguna de ellas le haya arruinado.

—El inspector no me mintió. Dijo que esos tres nombres del papel habían dejado de existir.

—Por supuesto. Ahora tienen una nueva identidad. Apuesto que el mismísimo inspector la ignora, pero puede documentarse en los archivos secretos del

F. B. I.

Esos tres hombres están relacionados con la desaparición de tu tío. Es la venganza de Malfatti.

—¿La venganza...? ¡Oh, Keith! Tú mismo lo has dicho. Vittorio Malfatti ha muerto.

—Eso nada significa, Angie. Al menos para un capo como Malfatti. Sigue la venganza del muerto. Malfatti, durante su encierro, ha movido todos los resortes para dar con los traidores. Me consta que pagaba fabulosas sumas por el menor dato que hiciera posible localizar a los traidores.

—¿Y mi tío? El no se escondió.

—Cierto. El juicio contra la organización Malfatti fue el último de su carrera. Se retiró. Fue como si, con la condena y exterminio de la organización Malfatti, hubiera dado por concluida su misión.

—Si Vittorio Malfatti deseaba vengarse... ¿Por qué no actuó contra mi tío?

—Lo está haciendo, Angie.

—¿Ahora? ¿Después de muerto?... No comparto tu teoría, Keith. Estoy de acuerdo con el inspector Feldman. Esos tres hombres, los tres traidores a Malfatti, nada tienen que ver con la desaparición de mi tío. Si Vittorio Malfatti hubiera deseado vengarse, no esperaría tanto tiempo. Cualquier asesino a sueldo hubiera terminado con Sidney Mirren. Era un hombre solo, sin protección...

—Yo conozco los entresijos del mundo de la Mafia. Los tres traidores no sólo acabaron con Malfatti, sino también con la organización. Ahora, por supuesto, hay un nuevo capo. Otra vez el gran pulpo extiende sus tentáculos, pero ya no es como antes. Ya no existe el poder de Malfatti. Se partió de cero. La Mafia sufrió un duro golpe del que jamás se recuperará.

—Eso no responde a mi pregunta.

—¿Vengarse del juez Mirren?... Puede que esa venganza jamás pasara por la mente de Malfatti. Tu tío se limitó a dictar una sentencia. Son Luigi Steno, Sandro Fiore y Lino Belli, los tres traidores, los receptores de la venganza. Contra ellos es la *vendetta*. Poco importa la muerte de Vittorio Malfatti. Desde el Más Allá está

esperando la ejecución de los traidores. Y no reposará en su tumba hasta conseguir esa gran *vendetta*. Un capo de la Mafia jamás perdona. Y al menos la traición de tres de sus hombres de confianza.

—Entonces... ¿por qué han actuado contra mi tío? ¿Qué quieren de él?

—Pronto conoceremos la respuesta, Angie. Nos siguen.

—¿Nos siguen...?

—¡Quieta! —Whitmore cortó el ademán de la muchacha de girar la cabeza—. He estado dando vueltas para cerciorarme. No hay duda, Angie. Desde Barrio Dern. Ese Ford nos sigue todo el tiempo.

—Puede que sean agentes del

F. B. I.

Keith Whitmore denegó con una sonrisa.

—Sé diferenciarlos. Puedo olfatear a un

G-men

a más de cien yardas de distancia. No, pequeña. No son agentes del

F. B. I.

—¿Qué hacemos, Keith?

Whitmore amplió la sonrisa.

Con la mirada fija en el espejo retrovisor.

—¿Tienes miedo?

La muchacha forzó una sonrisa.

Su respuesta fue un tenue susurrar.

—No... Tú estás conmigo...

—Vamos a facilitarles las cosas, Angie. Buscaré un lugar tranquilo donde estacionar. Eso les animará a dar la cara.

## CAPÍTULO VII

Keith Whitmore giró el volante del auto.

Adentrándose por la primera de las bocacalles que encontró solitaria y carente de tráfico.

Lang Road.

Con sus escasos comercios ya cerrados al público.

Whitmore detuvo el vehículo frente a un barracón destinado a almacén. También con las puertas cerradas.

Se apoderó del

Smith & Wesson.

Angie respingó al contemplar el revólver.

—Keith...

—Tranquila, pequeña. Vamos a hacer un poco de teatro. Quiero que se aproximen sin sospecha alguna.

Keith Whitmore colocó el revólver junto al asiento. Acto seguido se ladeó para posar sus manos en los hombros de Angie.

Atrajo a la muchacha contra sí.

La perpleja Angie no pudo articular ninguna otra palabra.

Sus labios quedaron sellados por los de Whitmore.

La reclinó en el asiento.

—Relájate, Angie... Se supone que estamos en una escena amorosa —murmuró Whitmore deslizando los labios por el cuello de la joven—. Eso es.

Volvió a besar los carnosos labios de Angie.

Y deslizó su zurda.

Acariciando con suavidad los erguidos senos femeninos.

—Keith... eres... eres muy buen actor —dijo Angie, removiéndose inquieta en el asiento—. Bésame otra vez...

Whitmore había desabotonado el cierre superior del vestido.

Introdujo la zurda por el escote.

Se volcó de nuevo sobre los labios de Angie.

No le pasó desapercibida la maniobra del Ford. También se había adentrado por Land Road, pero no se detuvo junto al estacionado Corvette. Siguió hasta doblar por una de las bocacalles.

Whitmore se separó de la joven.

Fijando la mirada en el parabrisas.

—Maldita sea...

Angie, reclinada en el asiento, con la boca entreabierta y jadeante, parpadeó repetidamente.

—¿Qué... qué ocurre, Keith?

—No se han detenido.

—¿Quién?... ¡Oh, cielos!... Me habías hecho olvidar...

—Sólo iba un individuo en el Ford. Puede que me equivocara al sospechar de... ¡Ahí le tenemos!

El Ford asomó de nuevo saliendo de la bocacalle. Giró para enfilar por Land Road. Hacia el Corvette. Keith Whitmore volvió a abrazar a la muchacha. Simuló no percatarse de la proximidad del Ford. Ni tan siquiera cuando frenó paralelo al Corvette y se abrió la portezuela.

Descendió el individuo.

Llevando su diestra hacia la axila izquierda.

Entonces sí actuó Whitmore.

Con la velocidad del rayo.

Giró con rapidez empuñando el

Smith & Wesson.

Asomando el cañón por la ventanilla. Apuntando al individuo.

—Okay, hermano —sonrió Whitmore, duramente—. Retira la mano de la funda sobaquera. Con mucho cuidado o te vuelo la cabeza de un balazo.

El individuo no pareció inmutarse.

Esbozó una sonrisa.

—¿Se ha vuelto loco?... Simplemente trataba de hacerle una pregunta. Busco una dirección y...

—Te estás buscando una del treinta y ocho, hermano —interrumpió Whitmore abriendo la portezuela—. ¡Retira la mano sin intentar nada!

El individuo obedeció.

Quedó con las manos en alto.

Keith Whitmore descendió del vehículo sin dejar de encañonar

al individuo. Admirado por su frialdad.

Un hombre joven. De unos treinta años de edad. Atlético. Chaqueta de cuero color *whisky*, camisa polo y pantalón a juego. Rostro atractivo. Bronceado. Como recién llegado de unas vacaciones.

—De espaldas, hermano —ordenó Whitmore—. Apoya las pezuñas sobre el auto y abre las piernas.

El individuo sonrió.

Mostrando unos níveos dientes.

—Te comportas como un policía. ¿Eres policía?

—Soy el que te va a romper la cabeza.

El individuo amplió la sonrisa.

Marcadamente burlona.

—No lo intentes. Angie Mirren pagaría las consecuencias. Mi compañero tiene una Luger apuntando a su linda cabecita.

Whitmore no giró.

Su rostro reflejó una despectiva mueca.

—¿Crees que voy a caer en ese ridículo truco?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Keith Whitmore se mantuvo frente al sonriente individuo.

Sin dejar de encañonarle.

—¿Te encuentras bien, Angie? —inquirió Whitmore, sin desviar la mirada.

La voz de la muchacha se demoró unos instantes.

Respondió.

Temblorosa.

—Hay... hay un hombre... con... con una pistola...

Whitmore sí giró ahora.

Lentamente.

Un individuo permanecía junto a la portezuela correspondiente a Angie. Semiencorvado. Con una Luger en su diestra. Apoyando el cañón en la sien de la pálida muchacha.

—Yo jamás miento —dijo el individuo de atractivo rostro bronceado—. Mi compañero se escondió en el auto al pasar por aquí, descendió luego y bordeó la manzana. Sencillo. ¿Me permites tu revólver..., hermano?

Keith Whitmore se dejó arrebatar el arma.

Sin intentar nada.

Consciente del peligro que amenazaba a Angie.

El individuo tomó el

Smith & Wesson

por el cañón. Y de inmediato propinó un brutal culatazo al estómago de Whitmore. Éste se dobló como una bisagra. Abriendo desmesuradamente la boca. Sintiendo con angustia la falta de respiración.

Un segundo culatazo.

Ahora tras la oreja izquierda.

Keith Whitmore cayó de bruces sobre el asfalto.

Angie comenzó a gritar.

—Silencio, nena —advirtió el de la Luger—. Vuelve a gritar y te hago tragar los dientes.

—Hay que ser galante con las damas, Harry —dijo Rostro Atractivo abriendo la portezuela del Corvette—. Señorita Mirren... ¿sería tan amable de pasar a nuestro auto?

—¿Quién...? ¿Quiénes son ustedes?... ¿Qué pretenden?

El llamado Harry empujó son contemplaciones a la muchacha.

—Vamos a llevarte con Sidney Mirren —respondió el individuo jugueteando con el Smith & Wesson—.

¿Acaso no quieres ver a tu tío?

—¿Dónde está?... ¿Qué quieren de él?...

El individuo abrió ceremonioso la portezuela trasera del Ford.

Sonrió a Angie.

—Sidney Mirren es el mejor juez de los EE. UU. Debe juzgar a tres traidores, pero se niega a ello. Tu presencia le hará cambiar de parecer.

Keith Whitmore se arrastraba por el suelo.

Pugnando por incorporarse.

—¿Qué hago con él? —preguntó Harry, enfilando el cañón de la Luger hacia Whitmore.

—Mátale.

La fría respuesta del individuo hizo gritar nuevamente a Angie.

—¡No!... ¡No le maten!...

—Quieto, Harry... Se aproxima un coche... No dispaes... No hay que llamar la atención. Déjame a mí...

El individuo se aproximó al semidesvanecido Whitmore.

Y de nuevo le golpeó en la cabeza con la culata del revólver. Acto seguido, a puntapiés, le empujó bajo el Corvette.

Sonrió al quedar Keith Whitmore oculto bajo el vehículo.

—Perfecto... En marcha, Harry. Ya nos podemos ir. Señorita Mirren...

Harry se situó al volante del Ford.

Angie y el individuo en el asiento trasero.

El auto se alejó veloz por Land Road.

## CAPÍTULO VIII

Keith Whitmore se incorporó del sofá.

Una instintiva mueca de dolor se reflejó en su rostro.

Quedó sentado.

Sujetando con ambas manos la cabeza.

—Cielos...

—No te muevas, Keith. Afortunadamente te golpearon en la parte más dura de tu cuerpo.

Whitmore fijó la mirada en la joven.

—Eres muy graciosa, Sharon.

—Espera la llegada del inspector Feldman. El será mucho más divertido.

—¿Ya está en camino?

Sharon Connell sonrió acomodándose en uno de los sillones del salón. Cruzó las piernas. La corta falda del uniforme de doncella subió considerablemente. Hasta mitad de los muslos enfundados en oscuras medias.

—Seguro. Esperemos que tu aviso dando la descripción y matrícula del Ford haya dado resultado.

Whitmore hizo una mueca.

Tendió su diestra hacia el vaso de *whisky* depositado sobre la cercana mesa. Bebió un largo trago.

—Lo dudo, Sharon. Permanecí sin sentido unos treinta minutos. Nadie reparó en mí. Estaba tendido bajo el auto. Lo primero que hice fue acudir a una cabina y telefonar al F. B. I, para facilitarles los datos del auto. Luego... luego acudí aquí.

—Al *bungalow* de los raptados. Tío y sobrina.

—Aquí estabas tú, Sharon. ¿Y quién mejor que tú para cuidarme?

—Has tenido miedo al inspector Feldman.

Whitmore se reclinó en el sofá.

Encendió un cigarrillo.

—Olvidas algo, amor. Ya no pertenezco al Bureau of Investigation. No estoy a las órdenes de Feldman. ¿Miedo?... Eso queda para vosotros. ¿Agentes del

F. B. I.?

No, Sharon. Peleles movidos por el inspector Feldman.

—Tú desconoces el significado de la palabra disciplina.

—Te equivocas. Sí admito una sana disciplina, pero no el dominio completo del individuo. Es el retorno a los viejos tiempos. Los viejos métodos. El dictador Hoover ha sido mal sustituido por infinidad de jefezuelos que desean escalar puestos como su única y principal meta. Muchos malos imitadores. Hoover, con todos sus múltiples defectos, engrandeció al

F. B. I.

Ahora es un nido de...

—Ya basta, Keith.

Whitmore exhaló una bocanada de humo.

Sonrió.

—Sí..., olvidaba que tú sigues en el

F. B. I.

Y me sorprende, Sharon. Te consideraba inteligente. ¿Cómo puedes soportarlo? ¿Acaso te gusta la política?

—Soy un agente del

F. B. I.

Dentro de las lógicas normas, tengo libertad de acción. No soy un muñeco dirigido por el inspector Feldman.

—¿De veras? Creo que...

Sonó el llamador de la puerta.

Sharon se incorporó para abandonar el salón.

La bella agente del F. B. I, retomó a los pocos segundos en compañía del inspector Feldman.

—Buenas tardes, Clyde.

—¡El diablo te confunda, Keith!... ¿Qué ha ocurrido?

—Ya lo sabes, Clyde. Se llevaron a Angie Mirren. Dos individuos en un Ford con matrícula...

—Olvida eso. Hemos encontrado en auto. En Randolph Street. Había sido robado esta misma mañana. Los muchachos están trabajando en él.

—¿Acaso esperas encontrar huellas?

—Ya conoces la rutina, Keith Sigue. Hablemos de ellos. ¿Por qué se han llevado a Angie Mirren?

—Quieren presionar al juez.

—¿Presionarle?

Whitmore volvió a succionar el cigarrillo.

Fijó la mirada en el anguloso rostro de Feldman.

—No estaba equivocado, Clyde. La nota dejada por Sidney Mirren era una pista para el

F. B. I.

Los tres nombres. Lino Belli, Sandro Fiore y Luigi Steno. Van a ser juzgados, Clyde. Juzgados por el mismísimo Sidney Mirren.

—¡Estás loco!

Whitmore se incorporó.

Con el rostro crispado.

—¡Maldita sea!... Tú conoces como yo los refinados métodos de la Mafia. Quieren el pellejo de los tres traidores. No sólo traicionaron a Malfatti, a la organización, sino que rompieron el juramento de Aspromonte. El mayor delito que puede cometer un miembro de la Mafia. Belli, Steno y Fiore eran los hombres de confianza de Vittorio Malfatti. Hombres que realizaron el juramento de...

—Eso son simples ritos mafiosos. Sólo seguidos en la actualidad por los de origen siciliano.

—Ritos muy venerados por ellos. Y respetados por todos los demás miembros de la organización. ¿Te sorprende que hayan decidido el que Sidney Mirren juzgue a los tres traidores? Fue él quien juzgó y sentenció a Vittorio Malfatti.

—¡Malfatti ha muerto!

—¿Y con eso olvidada la venganza? No, Clyde. Tú sabes que no. Durante estos tres años, diferentes familias mafiosas han gastado miles y miles de, dólares en tratar de localizar a los tres traidores. Ahora parece que han dado con ellos y van a ser juzgados. Es el momento esperado de la *vendetta*.

—Estás equivocado.

—¿Qué te ocurre, Clyde? ¿Por qué no actúas? ¿Por qué no movilizas a tus hombres? Belli, Fiore y Steno son carroña. Tres individuos que merecen mil veces la cámara de gas o la silla

eléctrica. ¿Por encubrir a tres hijos de perra haces peligrar la vida de Sidney Mirren y su sobrina?

—Se hizo un trato, Keith. Exterminar a la organización Malfatti a cambio de total inmunidad para Fiore, Bellu y Steno. ¿Tres canallas? ¡Seguro! ¿Y qué? El mundo está saturado de canallas que viven como dioses. ¡Chicago es controlado por alguno de esos hijos de perra! Se sabe y se acepta. Actuar, movernos hacia los tres traidores, es quebrantar lo pactado. Y entonces nadie volvería a hacer tratos con el F. B. I. o cualquier otro organismo. Lo de Belli y sus dos compañeros fue un trabajo bien hecho. Hemos burlado a la Mafia. A todos los Sindicatos del Crimen. Eso ha dado pie a que otros muchos... confidentes acudan al

F. B. I.

Les ofrecemos una seguridad ya demostrada. Tú sabes que necesitamos a esa clase de individuos. La misma Metropolitan Police se nutre en soplones y demás gentuza.

—¿Ya has terminado, Clyde?

—¡No, maldita sea! ¡Quiero que lo comprendas! ¿Por qué te escandalizan esos tratos? ¡Son necesarios! ¡Necesarios para la sociedad! ¿Acaso has olvidado la época dorada de Malfatti? Drogas a gran escala, prostitución, chantajes, asesinatos... Aniquilamos la cabeza del gran pulpo. Ahora luchamos contra los tentáculos, Smyslov, ése espía ruso... La C. I. A lo ha camuflado en un lugar de los EE. UU. Hemos hecho un trato con él. Es necesario. Es necesario colaborar... hasta con las ratas.

—Todo eso está muy bien, pero yo quiero salvar la vida de Angie. Y la de Sidney Mirren.

—Ésa es también nuestra intención.

—No, Clyde. Tú estás atado de pies y manos. Yo puedo actuar. A mí no me lo impide un pacto de... caballeros.

Clyde Feldman comenzó a pasear nerviosamente por el salón.

A grandes zancadas.

Se detuvo bruscamente.

Enfrentándose a Whitmore.

—Cuidado con lo que haces, Keith. Si entorpeces la labor del F. B. I...

—Ahorra las amenazas. Ya las conozco.

—Maldito idiota... Estás ocupado por esa supuesta *vendetta* del

ya difunto Vittorio Malfatti.

—¿Recuerdas a «Johnny Hielo»?

El inspector parpadeó.

—¿Te refieres a... al asesino profesional?

—Correcto. Un hombre más escurridizo que el terrorista Carlos. Igualmente imposible de identificar. Desconocemos su nacionalidad, su nombre, sus huellas, su *modus operandi*... Sus víctimas jamás pueden hablar. Actúa en París, Londres, Berlín, Madrid, Tánger, San Francisco... No importa el lugar. Un asesino a sueldo. Un profesional del crimen. El mejor.

—¿Qué tiene que ver con...?

—Era uno de los hombres del Ford. El que acompañaba al tal Harry.

El inspector volvió a parpadear.

Dejó oír una súbita carcajada.

—Tú mismo te contradices, muchacho. Johnny Hielo. ¿Imaginas a la Mafia, con su legión de asesinos, contratando a Johnny Hielo?

—¿Por qué no? Es el mejor. Tres años desde la traición, y los asesinos de la Mafia han fracasado. ¿Por qué no recurrir a Johnny Hielo?

—Ridículo. Además, no tenemos ninguna fotografía de Johnny Hielo. Empezó a darnos quebraderos de cabeza cuando tú estaba en el

F. B. I.,

¿recuerdas? Asesinó al senador McDouglas en pleno centro de Los Ángeles. Luego al presidente de la BM Company de Detroit. La Interpol le relaciona con el asesinato de un jeque árabe en París... ¡Y sin pista alguna que pueda identificarle! Creo recordar que uno de nuestros agentes, irónicamente dijo que posiblemente se llamara Johnny. Lo de «hielo» fue añadido por su frialdad en cometer los asesinatos.

—Lo recuerdo todo perfectamente —respondió Whitmore—. Al igual que la descripción proporcionada por los testigos en el asesinato del senador McDouglas.

—¡Oh, sí!... Ningún testigo se puso de acuerdo. Cada uno de ellos dio una versión.

Whitmore esbozó una sonrisa.

—Yo hice un retrato-robot. Bueno... lo hizo una de las

computadoras del NCIC. Le suministré todos los datos. La computadora, según las informaciones suministradas, seleccionó los datos coincidentes de los testigos. Ese retrato-robot quedó grabado en mi mente.

—Y destruido. Los jefes del NCIC no aceptaron la veracidad de ese retrato-robot de la computadora.

—Un grave error. Hoy he visto a Johnny Hielo. No reparé en él al principio, pero luego, sus rasgos se fueron abriendo paso en mi mente hasta llegar a identificarle con Johnny Hielo.

—Perfecto, muchacho. Gracias por tu colaboración. Ordenaré la busca y captura de Johnny Hielo. Y la del tal Harry. Mis hombres ya han seleccionado un par de cientos de individuos fichados que responden al nombre de Harry.

Clyde Feldman se encaminó hacia la puerta.

Sharon, que había permanecido como mudo testigo de la conversación, corrió hacia él.

—Inspector...

—¿Sí?... Ah, Connell... Puede retirarse a casa. Aquí ya nada hay quehacer. Tenía aplazada una semana de permiso, ¿verdad? Disfrute de ella.

Feldman abandonó el *bungalow*.

La chica del F. B. I, quedó unos instantes perpleja.

Giró lentamente.

Enfrentándose a la irónica sonrisa de Whitmore.

—Bien... Voy a cambiarme de ropa. Mi empleo de doncella ha durado muy poco.

—Al menos conservas la vida.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Oh, nada de importancia... Pensaba en Angie. Cuando su tío termine de dictar sentencia a los tres traidores, también ellos serán ejecutados. Sidney Mirren y Angie.

Sharon no hizo comentario alguno.

Salió del salón.

Al regresar a los pocos minutos, el uniforme de doncella había sido reemplazado por un conjunto tres piezas en tonos combinados granate y blanco. Sobre el hombro izquierdo un bolso en bandolera.

—En marcha, Keith. También tú tienes que dejar la casa de los Mirren.

—Sí... Ya volveré para los funerales.

—¡Oh, Keith!... ¿Qué pretendes de mí? ¿Qué quieres que haga? Whitmore tomó a la muchacha por los hombros.

La contempló fijamente.

—La nueva identidad de Lino Belli, Sandro Fiore y Luigi Steno. El lugar donde poder localizarles.

—Pero... yo no lo sé... ignoro...

—En la cámara de los computers del

F. B. I.

Sharon sacudió la cabeza.

—Estás... estás loco... Yo no sé manejar esos ordenadores ni lo...

—Yo si los conozco —interrumpió Whitmore—. He trabajado en ellos. Sé cómo solicitar datos al ordenador secreto. En él figuran registrados los nuevos hombres y domicilios de tu ayuda puedo llegar hasta la cámara de computers. Está instalada en Unidad de Control. Con poco personal. Los ordenadores no son visitados con frecuencia. Ahora, Sharon. Esta misma tarde. Me consta que el suministro de datos a las computadoras se realiza por las mañanas. Éste es el momento de...

—No puedo hacer eso, Keith. Y tú lo sabes.

—Comprendo. La disciplina.

—Sí... Eso es.

—No te pido que traiciones al

F. B. I.

Sólo que tomes iniciativa. Escucha con atención... Mi sospecha es que Belli, Steno y Fiore están ya en poder de la Mafia. Van a ser juzgados por Sidney Mirren. Proporcióname el paradero de ellos. Visitaremos al que esté más próximo. Con prudencia. Sin alarmarle. Si comprobamos que está tranquilamente en su domicilio, significará que mi hipótesis es falsa. Y entonces la olvidaré.

—Yo... yo no...

—¿Acaso dudas de mí, Sharon? ¿Qué temes? ¿Encontrarte con los cadáveres de Sidney Mirren y Angie? ¡Tal vez aún estemos a tiempo! ¡Son dos vidas inocentes las que corren peligro!

Sharon quedó en silencio.

Con la mirada fija en Whitmore.

Lentamente, sin despegar los labios, movió afirmativamente la

cabeza.

## CAPÍTULO IX

Los multicolores luminosos de neón ya alegraban las calles de Chicago.

El Corvette estaba estacionado a poca distancia del Stanton Park. En una de las bocacalles de la Ogden Avenue.

Keith Whitmore y Sharon abandonaron juntos el edificio.

El rostro de la muchacha acusaba una tenue palidez.

Se acomodaron en el interior del auto.

—Todo ha salido bien, Sharon —sonrió Whitmore—. Con tu ayuda ha sido fácil llegar hasta allí. Ya te advertí que el personal era reducido. También yo conozco el...

—Dámelas, Keith. Las tres fichas.

—Aún no las he examinado yo.

—Precisamente por eso —respondió Sharon, con firme voz—. Aún no conoces esos nombres y domicilios. Han sido sacados de un ordenador de datos secretos. Con mi colaboración.

—¿Ya estás arrepentida?

—Demasiado tarde para eso. Vamos a ir al domicilio más cercano, Keith. Aunque esté en California. Si allí todo está en orden, no será necesario comprobar las otras dos fichas restantes, ¿correcto?

—¿Por qué no puedo mirarlas yo?

—No considero necesario que conozcas ese secreto. Confío en ti, pero es mejor así. Sólo conocerás una ficha.

Whitmore terminó por encogerse de hombros.

—Okay. Mi intención era visitar al más cercano y cerciorarme de que todo está en orden. Entonces olvidaré a los otros dos. Poco importa que conozca sus nombres y domicilio. Sólo me interesa la seguridad de Sidney Mirren y Angie.

—Las fichas, Keith.

Whitmore también había cambiado de vestimenta. Pasó por su

*bungalow* para reemplazar su ropa. Tras los golpes propinados por Johnny Hielo y el permanecer bajo el auto, no estaba presentable. Otra de las causas fue el coger un segundo revólver. Se había quedado sin el

Smith & Wesson.

Introdujo la diestra en el bolsillo exterior de la chaqueta.

Tendió un sobre a Sharon.

En él había introducido las tres fichas.

La muchacha, esquivándolas a la burlona mirada de Whitmore, fue examinando una a una las tres cartulinas perforadas. En el lado inferior figuraban los datos impresos.

Pasaron largos minutos.

—Oye, Sharon...

—Silencio.

—Maldita sea... ¿Tratas de mantenerme en suspense?

La chica del F. B. I, extrajo su encendedor del bolso. Colocó las tres fichas sobre el cenicero del auto. Y acto seguido aproximó la llama del encendedor.

—¡Sharon!...

—Tranquilo, Keith. Están grabadas en mi mente. Los domicilios y los nuevos nombres.

Whitmore no ocultó una mueca al contemplar como el fuego iba consumiendo las cartulinas.

—Eres muy desconfiada, nena.

—Simple precaución. Bueno, Keith... Te espera una gran sorpresa. Lino Belli sigue aquí. En Chicago.

—¿En Chicago?... ¡Imposible!

Sharon sonrió.

—Difícil de creer, ¿verdad? California, un olvidado rincón de Texas, un rancho en Oregón... No, nada de eso. Lino Belli está aquí. En la ciudad. En la boca del lobo.

—Astuto..., pero arriesgado.

—No del todo. Lino Belli fue sometido a una operación. Tiene otro rostro. ¿Recuerdas su incipiente calva? Pues también luce una maravillosa mata de pelo injertado. Su nombre es ahora Adam Parker, en el 133 de Boyle Street. Propietario de una tienda de antigüedades.

—¡Diablos!...

Sharon volvió a reír.

—Apuesto que no te lo imaginas tras un mostrador.

—No, condenación... Lino Belli, alias «Budino», alias «Sparo»... con un amplio historial delictivo, años en prisión, asesino... ¡vendiendo antigüedades!

—De seguro una tapadera. Belli disfruta de su retiro. Se llevó un buen pellizco de la organización Malfatti. Al igual que Fiore y Steno. Lo disfrutará con viajes a Europa simulando compras de objetos antiguos.

—El 133 de Boyle Street.

—Ahá.

Whitmore puso el coche en marcha.

—Vamos a visitarle.

—Recuerda, Keith. Nada de alarmarle. Si se cree descubierto se pondrá en contacto con el F. B. I, y...

—No molestarla al inspector Feldman —sonrió Whitmore—. Tengo entendido que el trato de los tres traidores se hizo con peces gordos del F. B. I, en Washington.

—Entonces aún más prudencia, Keith.

—Okay.

—¿Qué plan tienes? ¿Cómo averiguar que Lino Belli está bien?

—¿No te gustaría tener un jarrón como el de tu abuelita?

—Muy gracioso... La tienda de antigüedades ya estará cerrada.

—Ya se nos ocurrirá algo.

El tráfico por las calles de Chicago era intenso. Máxime en aquellas horas. Cuando miles de habitantes se disponían a disfrutar de los espectáculos nocturnos. El Empire Room, Cammellia House y demás elegantes nighth-clubs estaban ya con sus mesas reservadas. Al igual que la zona de diversión de Old Town.

Boyle Street estaba al sur de la ciudad. Más allá del Burnham Park. Un largo recorrido desde la Ogden Avenue.

El Corvette conducido por Whitmore sufrió infinidad de atascos.

Sharon ahogó un suspiro cuando el auto se adentró finalmente por la empinada Boyle Street.

—Caminemos un poco —dijo Whitmore—, frenando a la altura del ochenta de Boyle Street. —No es prudente presentarnos ante la mismísima puerta.

Caminaron por la acera de los números pares.

Divisaron la tienda de antigüedades. Con amplia cristalera en el escaparate. Protegida con artística reja. Ninguna luz en el interior del comercio. El local se emplazaba en la planta baja de un moderno edificio.

—¿Y bien, Keith? ¿Qué hacemos?

—Entremos ahí...

Whitmore empujó a la muchacha hacia un *snack*.

Se acomodaron en sendos taburetes del mostrador.

—Tomaré un *whisky*. ¿Y tú, Sharon?

—¿Sabes una cosa? No hemos cenado. ¡Y tengo hambre!

—Cenaremos más tarde —sonrió Whitmore—. Te invitaré a un restaurante francés.

Sharon volvió a suspirar.

—Bien... Me conformaré con un zumo de naranja.

Keith Whitmore, al solicitar el pedido, requirió también el listín telefónico. Comenzó a consultarlo.

—Te diré algo, nena... La mejor forma de establecer contacto con alguien es mediante el...

—¡Keith!... ¡Mira!...

Whitmore desvió la mirada hacia la vidriera del *snack*.

Había luz en la tienda de antigüedades.

—Hay alguien en...

—Se acaba de encender la luz, Keith. Yo lo he visto.

—Perfecto. —Whitmore rebuscó en los bolsillos unos dólares que arrojó sobre el mostrador—. En marcha, Sharon. Te compraré el jarrón de la abuelita.

Salieron del *snack*.

Y cuando se disponían a cruzar la calzada, la luz encendida en la tienda de antigüedades se eclipsó de nuevo.

—Keith...

—Sí, ya lo he visto; pero no importa. Llamaremos igual. Hay alguien dentro.

Se aproximaron al comercio.

Keith Whitmore golpeó con los nudillos en la puerta del establecimiento. Ajeno al cartel indicador de «cerrado».

Transcurrieron unos instantes.

—Puede que la tienda comunique con la vivienda y...

La chica del F. B. I, enmudeció al ver como Whitmore hacía

girar el pomo de la puerta de entrada.

La hoja de madera cedió mansamente.

Una pequeña campana sonó en lo alto de la puerta.

Whitmore y Sharon se detuvieron bajo el umbral. Acostumbrando sus ojos a la penumbra reinante. La única iluminación era la procedente de Boyle Street y llegaba a través del escaparate.

—¡Eh!... ¿Hay alguien aquí?

Whitmore fue el primero en avanzar.

Con lentitud.

El local estaba plagado de objetos. Cuadros, figuras, porcelanas, muebles... El mostrador se situaba al fondo.

—Éste debe ser el interruptor —dijo Sharon, iluminando la estancia—. No hay nadie...

—Es extraño dejar la puerta sin cerrar con todos estos objetos de valor.

Whitmore se había aproximado al mostrador. Una de las vitrinas estaba destinada a sellos y monedas antiguas.

Había un estuche abierto. Con fondo de terciopelo rojo. Un juego de tres artísticos puñales de hoja curva. Faltaba uno de ellos. Sólo dos de los puñales brillaban en el interior del estuche.

Whitmore se apoderó del revólver.

Bordeó el mostrador acercándose a la puerta de la trastienda.

Franqueó la entrada.

Una amplia sala. Destinada a almacén. Abundaba el mobiliario antiguo. En uno de los rincones, una magnífica lámpara de pie permanecía iluminada.

Enfocando el cadáver.

Un cadáver acomodado en artística silla antigua.

Tenía la cabeza ladeada.

Apenas unida al tronco.

Seccionada la yugular de un brutal tajo.

El rostro desencajado en indescriptible mueca de terror. Los ojos muy abiertos. Alucinados. Casi fuera de las órbitas.

El puñal, el que faltaba del estuche, aparecía hundido en el estómago. Trazando un zigzag ascendentes. La sangre formaba ya abundante charco en el suelo. El rosa tapizado de la silla era ahora rojo sangre.

Un papel prendido en la solapa del muerto.

«Lino Belli. Veredicto: culpable. Sentencia: muerte».

—Es... es la letra del juez Mirren...

—Correcto, Sharon. Al menos sabemos que está con vida. Le están obligando a juzgar y sentenciar a los tres traidores. Sin duda le amenazan con matar a Angie si no les sigue el macabro juego.

—Voy a avisar al inspector Feldman.

—¿Dándote a conocer?

—Por supuesto.

—No seas ingenua, Sharon. Te caería encima el más grave de los expedientes por haberme facilitado el acceso de los computers.

—¿Qué pretendes? ¿Ocultar el asesinato de Lino Belli?

Whitmore tomó del brazo a la muchacha.

Abandonaron la tienda apagando la luz y cerrando tras sí.

—No vamos a ocultar nada, Sharon. Una llamada a la policía. Una llamada anónima denunciando un asesinato en la tienda de antigüedades de Boyle Street.

—¡Oh, cielos!... Ya lamento el...

—Escucha con atención, Sharon. —Whitmore sujetó con fuerza los hombros femeninos—. Nada tienes que lamentar. Estamos tratando de salvar la vida de Sidney Mirren y su sobrina. Johnny Hielo es quien dirige la operación *vendetta*. Ha descubierto el escondite de los tres traidores. Lino Belli ha muerto. ¿Era el primero o el último? Lo ignoramos.

—Belli fue asesinado hace apenas unos minutos... El asesino salió por la puerta trasera. Le vimos encender y apagar la luz.

—Tenemos que actuar antes que ellos, Sharon.

—Ir al encuentro de Fiore y Steno.

—Eso es.

La joven esbozó una sonrisa.

—¿Cuál de los dos, Keith? ¿También el más cercano?

—¿Por qué no? La *vendetta* acaba de comenzar. Aquí. En Chicago. Imaginemos que por el más próximo. ¿Quién le sigue, Sharon? ¿Cuál es el más cercano a Illinois?

—Keith...

—¡No es momento de retroceder, Sharon! Ya no puedes. Tienes una semana de permiso, ¿no es cierto? Actúa entonces con total independencia. Ahora no puedes presentarte ante el inspector

Feldman, pero sí lo harás en plan triunfante. Con Sidney Mirren y Angie en libertad. Nosotros lo conseguiremos.

—Eres muy optimista.

—Estamos perdiendo el tiempo, Sharon.

La muchacha hizo un mohín.

Una resignada mueca.

—Okay. ¿Dónde mejor que pasar mi semana de permiso que en Miami?

—¿En Miami? —Parpadeó Whitmore.

—En Miami Beach. Allí es dónde está ahora Luigi Steno.

—El muy... Comunica con la policía, Sharon. Con brevedad. Simplemente les dices que se ha cometido un asesinato en la tienda de antigüedades de Boyle Street. Yo me informaré de los vuelos para Miami. Creo que hay una salida nocturna. Sacaré los pasajes. En menos de tres horas de vuelo nos encontraremos allí.

—No puedo ir con lo puesto. Necesitaré...

—Quédate con mi auto. Tomaré un taxi hasta la agencia de viajes de *Curry Hill* y luego pasaré a recogerte a tu apartamento. ¿Sigues en el 538 de Laurel Street?

—Sí, pero...

Whitmore acalló a la joven besándola en los labios.

Le tendió las llaves del Corvette.

—¡Hasta luego, Sharon! ¡Antes de una hora procuraré estar en tu apartamento!

Keith Whitmore se alejó veloz.

Le fue difícil encontrar un taxi.

Lo logró tras diez minutos de búsqueda.

Fue conducido a *Curry Hill*.

Abonó la carrera y encaminó sus pasos hacia la agencia de viajes en contacto permanente con el departamento de pasajes del aeropuerto.

Empujó la puerta de entrada.

A la izquierda y derecha se alineaban unas mesas dotadas de ordenador expendedor de boletos de ferrocarril y avión. Ninguna de aquellas mesas en funcionamiento.

Un individuo joven ocupaba la primera de las mesas.

Era el único empleado de la agencia.

—Buenas noches —saludó Whitmore, adentrándose en el local.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Quiero dos pasajes para Florida. En el primer vuelo que salga con destino a Miami.

El individuo sonrió.

—¿Miami?... Un momento... Creo que puedo complacerle.

—Magnífico.

El empleado abrió uno de los cajones.

—¿Y no le interesaría volar un poco más lejos? Por ejemplo... ¡al infierno!

El movimiento del individuo fue veloz.

Del cajón extrajo una «Super-Star» con tubo silenciador acoplado al cañón.

Disparando a bocajarro contra Keith Whitmore.

## CAPÍTULO X

Keith Whitmore se echó instintivamente hacia atrás.

Justo en el momento de la detonación.

Percibió el fogonazo. El ardiente plomo quemándole la sien izquierda. Quedó cegado. Todo se nubló frente a él.

Su salto de retroceso le hizo tropezar con la pared seguidamente caer al suelo.

Su diestra ya había ido en busca del revólver.

Y disparó.

Cuando ya el individuo de la mesa se disponía a accionar el gatillo por segunda vez.

No se lo permitió.

Keith Whitmore, de bruces, sujetando el revólver con ambas manos, presionó el disparador. Una y otra vez. Dando al cañón un leve movimiento de abanico.

No veía a su contrario.

La nube seguía ante sus ojos.

De ahí que presionara el gatillo hasta vaciar el cargador.

Una mueca se reflejó en el rostro de Whitmore al oír el alarido y posterior ruido del cuerpo al caer.

Quedó inmóvil.

En espera de acontecimientos.

Su enemigo no reaccionó. Sin duda había sido alcanzado mortalmente. Las detonaciones sí parecían haber sido oídas en el exterior. Se escucharon voces y gritos.

Whitmore trató de incorporarse.

La oscuridad que se mantenía ante sus ojos se tornó en profundo pozo. Un pozo al cual Whitmore caía vertiginosamente.

Antes de perder el conocimiento percibió como la puerta se abría. Y nuevos gritos. Ahora marcadamente histéricos.

Eso fue todo.

El más profundo de los silencios envolvió a Whitmore.

Las voces llegaron más tarde.

Muy lejanas.

Apenas audibles para Whitmore.

—Sólo unos minutos.

—¿Es grave, doctor?

—En absoluto. Una herida superficial. La bala le rozó la sien. Nada de importancia, aunque es prudente que permanezca esta noche en observación. Avise a la enfermera al salir.

—Gracias, doctor.

Keith Whitmore entreabrió los ojos a la vez que palpaba a su alrededor. Se encontraba tendido en confortable cama.

Contempló al rostro que se inclinaba sobre él.

Forzó una sonrisa.

—Hola, Clyde... ¿No estoy muerto?

—No, condenado seas.

—Te confundí con un diablo del Averno...

—Celebro que mantengas el sentido del humor, Keith. Lo vas a necesitar. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Tienes un cigarrillo?

El inspector Feldman contuvo a duras penas una soez maldición. Colocó un cigarrillo en labios de Whitmore ofreciendo también la llama del encendedor.

—¿Y bien, Keith? ¿Qué ocurrió en aquella agencia de viajes?

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—¡Maldita sea!... ¡Soy yo quien hace las preguntas! ¡Dos horas!... ¡Has estado dos horas sin sentido! Son poco más de las diez de la noche.

—No sé qué ocurrió. Clyde. Entré en aquella agencia a solicitar información. Estoy planeando un crucero de vacaciones. Apenas entrar, el fulano que estaba tras la mesa me disparó a quemarropa.

Feldman resopló.

—¿Esperas que crea eso?

—Pregúntale al fulano.

—Está muerto. Le liquidaste. Resultó ser Mel Powell.

—¿Powell?... Me es familiar...

—Un asesino a sueldo. Independiente. Realizaba trabajos al mejor postor.

—Le salió mal el negocio.

—Oye, Keith... Estoy teniendo mucha paciencia contigo. Y el asunto está tomando un feo cariz. Han asesinado a Lino Belli. —Feldman, ante la fingida mueca de estupor de Whitmore, añadió—: Sí, maldita sea... Han liquidado a Belli. Estaba en el mismísimo Chicago. Junto al cadáver hemos encontrado una nota del puño y letra del juez Mirren. Sentenciándole a muerte. ¡Y seguimos sin pista alguna! ¡Ni rastro de Sidney Mirren y sobrina!... Todo se nos cierra. ¿Recuerdas a Samuel Bussey?

—¿Bussey?

—El tipo del Pontiac que recogió a Angie Mirren en estado de *shock*.

—Ah, sí... ¿Qué ocurre con él?

—Por simple rutina encomendé a uno de los muchachos que investigara al tal Samuel Bussey.

—¿También resultó ser un asesino a sueldo?

—Un actor fracasado. Sin trabajo... y sin antecedentes. No nos pudo decir nada. Sufrió un accidente de tráfico. Una hora después de haber recogido a Angie Mirren.

—Pobre diablo... Poco te hubiera podido decir. Se trataba de un infeliz que quiso aprovecharse de las circunstancias.

—Sí, eso opino... ¿Sigues sin querer hablar, Keith? Te esperaban en esa agencia de viajes. Los dos empleados fueron amordazados por Mel Powell y encerrado en uno de los despachos.

—Nada tengo que decirte, Clyde.

—Peor para ti. Reconozco que estabas en la buena pista. Tu hipótesis era la acertada. Me ha sido comunicado un dato muy revelador. Hace tres meses, a la muerte de Vittorio Malfatti, se dio lectura a su testamento secreto. Difundido entre la Mafia. Sindicatos del Crimen y asesinos profesionales. Había una recompensa. Un millón de dólares.

Whitmore respiró.

Instintivamente llevó la diestra a la vendada frente.

—¿Un... un millón de dólares?

—Sí, Keith. Un millón de dólares para quien eliminara a los tres traidores. Así se explica ahora la posible participación de Johnny Hielo. Muchos han intentado ganar esa recompensa, pero sólo Johnny Hielo parece tener los triunfos en la mano. Al menos ya ha

liquidado a Lino Belli.

—Estoy muy cansado, Clyde.

—No quieres hablar, ¿verdad?

—Nada tengo que decir.

—Okay. Volveré a visitarte mañana.

—Clyde...

El inspector, ya con la zurda en el pomo de la habitación, giró.

—¿Sí?

—Nada... Olvídalo.

Una especie de gruñido acompañó la salida de Clyde Feldman.

Keith Whitmore quedó pensativo.

Había querido preguntar al inspector por Sharon. Imaginando que la chica del F. B. I, estaría ya al corriente de lo ocurrido en la agencia de viajes.

¿O tal vez no?

Puede que Sharon continuara esperando en su apartamento para el proyectado viaje a Miami.

La agencia de viajes...

Mel Powell, el asesino, sí le había esperado.

¿Cómo supo que Whitmore acudiría allí?

Sólo él y Sharon...

¿A no ser que...?

—Dios... Dios... ¡Qué estúpido he sido!...

Keith Whitmore saltó del lecho.

Trastabilló.

Con torpe paso se encaminó hacia el armario. Afortunadamente allí estaba su ropa.

Tenía que salir cuanto antes del hospital.

Antes de que fuera demasiado tarde.

## CAPÍTULO XI

Primero el  
Smith & Wesson.

Y después el revólver del treinta y ocho.

Dos armas perdidas en un mismo día.

Lógicamente la policía había incautado el revólver que originó la muerte de Mel Powell.

Keith Whitmore perdió un tiempo precioso en conseguir nuevo armamento. Ya no disponía de más en su *bungalow*, aunque tampoco se hubiera desplazado hasta allí. Demasiado distante.

Adquirió armas en un establecimiento.

Un Colt del treinta y ocho Special y una automática Walther calibre veintidós.

El primero de ellos lo acopló en el costado izquierdo. Bajo el cinturón. La Walther en el tobillo derecho. Sujeta con una cinta.

No había despedido el taxi que esperaba frente al comercio. Un local clandestino. Sólo con puertas abiertas a clientes especiales. Y Whitmore era uno de ellos.

—Al 538 de Laurel Street.

El taxi inició la marcha.

Whitmore se reclinó en el asiento.

Estaba bañado en sudor.

Puede que tuviera algo de fiebre. Se palpó el vendaje de la frente. No le dolía la superficial herida, pero sí experimentaba vértigos al menor movimiento brusco.

Medianoche en Chicago.

El tráfico ya más fluido.

El taxi pronto alcanzó su destino. Laurel Street. Una longitudinal calle. Con algunos edificios enfocados al Chicago River.

Keith Whitmore abonó la carrera y descendió del vehículo.

Penetró en el 538 de Laurel Street.

Al introducirse en uno de los elevadores sintió una extraña sensación en el pecho. En el corazón. Una sensación de angustia, de temor...

No era miedo físico.

No temía por él, sino por Sharon.

La cabina se detuvo en la cuarta planta. El apartamento de la izquierda era el de Sharon.

Whitmore presionó el llamador.

No escuchó sonido alguno. Había sido desconectado el timbre. Golpeó la puerta con los nudillos. Y al hacerlo, la hoja de madera se entreabrió levemente.

Keith Whitmore tragó saliva.

Sospechando lo peor.

Empujó la puerta.

No había luz en el *living*, pero si estaba iluminado el salón.

Whitmore avanzó.

Lentamente.

Conocía aquel apartamento. Lo había frecuentado invitado por Sharon. Llegó ante la puerta del salón.

—Adelante, Whitmore. No seas tímido.

Keith Whitmore escuchó la voz a su espalda. Al tiempo que percibía el frío contacto del cañón de un arma apoyado en su nuca.

Obedeció.

Empujó la puerta de entrada al salón.

La estancia era amplia. La pieza más espaciosa del apartamento. Mobiliario de tonos alegres y claros. Acusándose en la decoración la mano femenina.

Sharon estaba tendida en el sofá.

Las manos atadas a la espalda. Un pañuelo introducido en la boca. Había sido desgarrado su vestido. Hasta la cintura. Los senos femeninos al descubierto. Los pómulos de Sharon aparecían hinchados. Sangraba por la ceja izquierda. Y no sólo eso...

Los senos de Sharon acusaban quemaduras. Negruzcos círculos en los pezones y rodeando la aureola.

Los llorosos ojos de la muchacha se posaron en Whitmore. Con angustiosa expresión en el rostro. Sacudió la cabeza. Quiso hablar, pero sólo sonidos guturales brotaron de su taponada boca.

Keith Whitmore palideció.

Apretando con fuerza las mandíbulas.

Sus ojos estaban ahora fijos en el individuo que permanecía junto a Sharon. Sonriendo cruel. Con un cigarrillo en la zurda. La llama muy próxima al seno derecho de Sharon.

Johnny Hielo.

—Hijo de perra...

—Hola, Whitmore —sonrió el individuo—. Es una sorpresa verte. Te creía muerto. No se puede confiar en nadie.

—El muerto es Mel Powell.

—Lo supongo, Whitmore. Yo no hubiera fallado. Jamás dejo un trabajo sin cumplir.

—Lo sé, Johnny.

El individuo amplió la sonrisa.

—¿Has oído eso, Harry? Conoce mi nombre de batalla. Johnny Hielo. El F. B. I, la Interpol, Scotland Yard, los compañeros de profesión... Todos me llaman Johnny.

Harry no hizo comentario alguno. Siguió con la Luger apoyada en la nuca de Whitmore.

Johnny Hielo se incorporó del sofá.

Aproximándose a Whitmore.

Le cacheó hasta dar con el Colt.

—Puede que tu presencia sea oportuna, Whitmore. No logramos convencer a Sharon. Llevamos cerca de una hora interrogándola, pero se niega a colaborar. No quiere decirnos el paradero de Luigi Steno y Sandro Fiore. Sólo sabemos que Luigi está en Miami, pero la ciudad es muy grande. ¿Qué opinas tú? ¿Seguimos torturando a Sharon o tienes una idea mejor?

—Dejadla en paz —respondió Whitmore, con fría y tensa voz—. Yo os conduciré hasta Steno y Fiore.

Johnny Hielo chasqueó la lengua.

—Tú ignoras esos datos. ¿Por qué crees que llamé a Powell? Le ordené que se adelantara a la agencia de viajes y te liquidara. Ya no nos eres útil. Sharon no compartió contigo la información. Ella es la única que lo sabe. Grabó los datos en su mente y ahora se niega a hablar.

—Yo también los conozco, Johnny. Los leí en la computadora.

—Mientes.

—Puedo demostrarlo. Deja a Sharon. Yo os acompañaré a Miami

y entregaré a Luigi Steno.

En ese momento se abrió una puerta.

Apareció Angie.

Con un cigarrillo en los labios y un vaso en la diestra.

—No hay limón en la cocina, Johnny. Creo que... —La muchacha se interrumpió al descubrir la presencia de Whitmore. Parpadeó repentinamente. Reaccionando con una sonrisa, añadió—: Keith... no esperaba volver a verte.

—El idiota de Powell falló —dijo Johnny Hielo.

Los gordezuelos labios de la joven ampliaron la sonrisa.

Avanzó hacia Whitmore con sensual movimiento de caderas.

—¿Sorprendido, Keith?

—No mucho, furcia.

La reacción de la muchacha fue inmediata.

Arrojó el líquido del vaso al rostro de Whitmore.

—¡Eh, Angie! —rió Johnny Hielo—. Ése era mi *whisky*.

Keith Whitmore no se movió. Había notado como la Luger se apoyaba con más fuerza en su nuca.

Forzó una sonrisa.

—Angie... No es necesario seguir fingiendo, Johnny. Ella no es Angie Mirren.

Johnny Hielo jugueteó con el Colt.

Movió afirmativamente la cabeza.

—Correcto, Whitmore. No es Angie Mirren..., pero si se llama Angie. Una curiosa coincidencia. Angie Higgins. Una chica muy inteligente. Nos conocimos en París, ¿verdad, Angie? Y en París me llegó noticia del testamento de Vittorio Malfatti. Un millón de dólares... Un apetitoso bocado que Johnny Hielo no podía desaprovechar. Nos trasladamos aquí. Y juntos, Angie y yo, empezamos a madurar el plan. No era cuestión de empezar a dar palos de ciego. La Mafia había fracasado. Tres años de búsqueda... y sin resultado alguno. Había que ideal algo, investigamos durante semanas en agentes del F. B. I, con acceso a los computers secretos; pero ninguno de ellos parecía sobornable. Incluso la mayoría de ellos desconocían el complicado manejo de los ordenadores secretos. Tú eres un tipo popular, Whitmore. Tus artículos para la Pryor Press muy conocidos. Todos saben que fuiste expulsado del F. B. I.

Tú mismo lo has divulgado en tus escritos. Pocos conocen tu faceta de especialista en computers.

—Yo descubrí ese dato.

Johnny Hielo sonrió.

—Sí, nena. Tú investigaste a Keith Whitmore. Era el tipo ideal. Un paladín, un caballero defensor de las causas nobles y perdidas. En resumen... un estúpido fácil de engañar si el cebo era convincente. Lo de Sidney Mirren y sobrina si fue idea mía —sonrió Johnny Hielo—. El cebo perfecto si se hacía bien las cosas. Lo de la sobrina encajaba perfectamente. Y empezamos a trabajar en ello. Angie, mi Angie, suplantaría a Angie Mirren. Esperamos pacientemente unas semanas. La verdadera Angie Mirren tenía proyectado viajar a Chicago. Su primer viaje a los EE. UU.

—¿Dónde está? —inquirió Whitmore—. ¿Dónde están el juez y su sobrina?

Johnny Hielo arqueó las cejas.

Perplejo por la pregunta.

—Muertos, por supuesto. Yo mismo me desplacé a Londres para acabar con Angie Mirren y hacer desaparecer su cadáver. Angie Higgins voló a Chicago con el pasaporte de la sobrina del juez. Sidney Mirren ya estaba bajo nuestro control. Esperamos un par de días. Tu encuentro con... Angie Mirren tenía que ser causal. Ibas a la fiesta de los Salkow. Cuando tu auto saliera del *bungalow*... encontrarías a Angie iniciando su papel.

—Muy buena actuación. Al igual que la de Samuel Bussey.

—Bussey... ¡Pobre diablo! —rió Angie—. Creía estar haciendo un papel para un importante director de Hollywood. Sam Bussey era un actor fracasado. Ajeno a nuestro plan. No podíamos utilizar a un individuo con antecedentes o sospecharías de inmediato. Sam Bussey siguió al pie de la letra un supuesto guion. Y lo hizo muy bien. Se mentalizó en su papel. Hombre encuentra chica en autostop, intenta aprovecharse, llega el héroe...

—Y como premio a su interpretación, la muerte.

—Necesario —dijo Johnny Hielo—. No me gusta dejar cabos sueltos.

—Has dejado varios, Johnny.

—¿De veras? Todo ha salido conforme a lo planeado. Has seguido nuestro juego, Whitmore. Punto por punto. Angie te ha

conducido por donde habíamos planeado. Convencidos de que actuarías dada la inhibición del F. B. I, por remover en los casos Belli, Steno y Fiore. Tú actuarías. Máxime si... Angie Mirren era raptada. Tenías que salvar a tío y sobrina. ¿Cabos sueltos?... No, Whitmore. Nada dejo al azar. ¿Qué me dices de las fotografías de mi Angie con Sidney Mirren? Un trucaje perfecto. Para mayor dramatismo se dejó una mancha de sangre en le despacho del juez.

—Y el papel.

—Por supuesto, Whitmore. Ésa era tu pista. Tu punto de partida. Obligamos a Sidney Mirren a escribir esos tres nombres. Y tres sentencias. Una ya ha sido colocada junto al cadáver de Lino Belli. Faltan dos. Steno y Fiore. Una vez muertos, recibiré el millón de dólares.

—Reconozco tu perfecto y diabólico plan —dijo Keith Whitmore—, pero sí has cometido errores. Te identifiqué como Johnny Hielo. El asesino más buscado del mundo. El hombre sin piedad. Me sorprendió mucho que me dejaras con vida. Eso no era propio de Johnny Hielo. Sólo unos golpes y...

—Aún no habías hecho tu trabajo, Whitmore. Precisamente empezaba con la desaparición de Angie. Entonces actuarías. Y así fue.

—¿Dónde me fue colocado el «Talking-bug»? [1].

—Tu reloj —respondió Angie, divertida—. Fue sustituido por otro idéntico mientras estabas sin sentido. Desde entonces seguimos todas tus conversaciones. Tu llegada junto a Sharon, tu conversación con el inspector... todo.

—Sospeché la existencia de algún micrófono. Sólo Sharon sabía que iba a la agencia de viajes. Y allí estaba Mel Powell esperándome. Alguien conocía con anterioridad mis pasos. Así te adelantaste dando muerte a Lino Belli.

Johnny Hielo rió a carcajadas.

—No eres muy inteligente, hermano. Te hemos hecho bailar a nuestro compás. Como a una marioneta.

—Estamos perdiendo mucho tiempo —masculló Harry, despegando los labios por primera vez—. ¿Por qué no me encargo yo ahora de... interrogar a la chica?

Johnny Hielo asintió.

—Correcto, Harry. Es tu turno.

El individuo se separó de Whitmore. En su rostro una desagradable mueca. Sus ojos contemplaron lujuriosos a Sharon.

—Yo no voy a ser menos duro, Johnny. Primeramente nos divertiremos un poco. Puede que con caricias...

—No la toques, bastardo —advirtió Keith Whitmore, fríamente—. No te atrevas a tocarla, sucio hijo de perra.

Harry alargó el brazo derecho.

Golpeando con el cañón de la Luger el estómago de Whitmore. Éste esperaba aquella reacción. La había provocado deliberadamente.

Keith Whitmore se dobló.

Aullando de dolor.

Se inclinó hasta que sus manos rozaron el suelo. La diestra muy cerca del tobillo.

—¡Johnny!...

La exclamación de Angie no era necesaria.

Johnny Hielo también se había percatado del veloz movimiento de Whitmore; pero demasiado tarde. Cuando quiso disparar, sonó la detonación.

Keith Whitmore apuntó a la cabeza.

La bala alcanzó a Johnny Hielo entre ceja y ceja.

Harry fue más torpe de reflejos. Tras golpear a Whitmore había avanzado hacia Sharon. Cuando giró presto a disparar, contempló como el humeante cañón de la Whalter empuñada por Whitmore se desviaba hacia él vomitando fuego por segunda vez.

También Harry se desplomó con un balazo en la cabeza.

Whitmore se incorporó.

Encañonando a la pálida y estupefacta Angie.

—Keith... no... no...

Whitmore, el caballero, el paladín..., estrelló el cañón de la automática en la boca de Angie Higgins.

La muchacha cayó sin un solo gemido.

Keith Whitmore acudió junto a Sharon.

Quitó la mordaza.

El rostro de Sharon bañado en lágrimas. Acusando los momentos vividos. Movié los labios. Una y otra vez. Incapaz de articular palabra.

Keith Whitmore abarcó con ambas manos el rostro femenino.

Besó los labios de Sharon.

Suavemente.

Una y otra vez.

—Tranquila, pequeña... tranquila... Ya todo ha terminado.

## EPÍLOGO

Sharon entornó los ojos ante la luminosidad del día.

Sonrió ahogando un suspiro.

—¡Cielos...! Deseaba salir del Gelman Center. ¡Cuatro días de tratamiento!

Keith Whitmore rodeó con el brazo derecho los hombros de la joven.

Descendieron los escalones caminando hacia el *parking* del hospital.

—Cuatro días bien cuidada y mimada por enfermeras. Peor lo he pasado yo, Sharon. El inspector no me ha dejado en paz un solo instante. Hace apenas una hora estaba en su despacho. Por fin parece que ya he terminado de hacer declaraciones y demás.

—El inspector es muy meticuloso.

—Sharon...

—¿Sí, Keith?

Estaban junto al Corvette.

Whitmore se reflejó en los almendrados ojos femeninos.

—Tengo malas noticias para ti. Saber que aún conservo amistades en el

F. B. I.

Amigos que me pasan información...

—Sigue, Keith.

—Se está elaborando un expediente disciplinario contra ti, Sharon. Muy riguroso. Posiblemente se solicite tu expulsión del

F. B. I.

Sharon sonrió.

—Me he adelantado a ese supuesto, Keith. Esta mañana he cursado mi dimisión.

—Lo lamento, Sharon. Todo ha sido por mi culpa. No debí obligarte a...

—Puede que no lo creas, Keith; pero tenía pensada esa dimisión hace meses. No abandono el F. B. I, desilusionada. Todo lo contrario. El valor, inteligencia y honor de los agentes del Federal Bureau of Investigación es único. Y yo temo no estar a la altura de mis compañeros. Por eso renuncio.

—Creo que...

—Por favor, Keith —interrumpió Sharon, manteniendo la sonrisa—. No me hables de la otra cara de la moneda. En todas partes hay ovejas negras. Olvidémoslo.

—Bien...

Se acomodaron en el interior del auto.

Whitmore colocó las manos en el volante.

Lo hizo sobre Sharon.

Atrayéndola contra si y besándola en la boca.

—¿Qué te parece si seguimos con nuestro proyectado viaje?

Sharon parpadeó.

—¿A... a Miami Beach?

—No temas —sonrió Whitmore—. Nada de Luigi Steno. Está muerto. Eso me ha dicho el inspector. Luigi Steno cayó desde la terraza de su apartamento. Piso catorce. Al días siguiente del asesinato de Belli. Suicidio o tal vez accidente. Imagino que Steno dominado por el terror después de conocer lo ocurrido a Belli. En cuanto a Fiore..., no quisiera estar en su pellejo. Vivirá el resto de sus días angustiado y temeroso. Donde quiera que esté. Lo ocurrido a Steno y Belli le atormentará día y noche. Sin un segundo de paz. En espera del castigo a su traición. Aunque jamás sea localizado, sufrirá el castigo. Al igual que Angie Higgins. Por su confesión se encontró el cadáver de Sidney Mirren. Angie será condenada a la máxima pena que...

—Keith... No hablemos más de toda esa historia horrible de sangre, muerte, venganza...

—Sí..., tienes razón. Hay otras historias. Puedo verlas reflejadas en tu rostro. Historia de paz, felicidad, amor...

Keith Whitmore volvió a unir sus labios con los de la joven.

FIN



Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

## ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,  
pueden saborearse en las  
COLECCIONES

## CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la  
oportunidad de leer estas  
primeras ediciones, en las que  
cada título es un vendaval  
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.



## NOTAS

[1] Chinche parlante. Argot para definir los micrófonos ocultos.

< <